

Lola López Díaz
Rafael J. Pascual
Antonio Domínguez Cascajero
Jesús Morata Moya
Martín Lucía
Rafael Escobar Contreras
Joaquín Copeiro
María Antonia Ricas
Jesús Pino
María José Vioque Lorenzo
Enrique Galindo
Paco Morata
Marcelina Regalado
Marisa Morata Hurtado

*Ilustraciones: José Morata Moya
Juan Giordano*

HERMES



Hermes V, Toledo, 2007

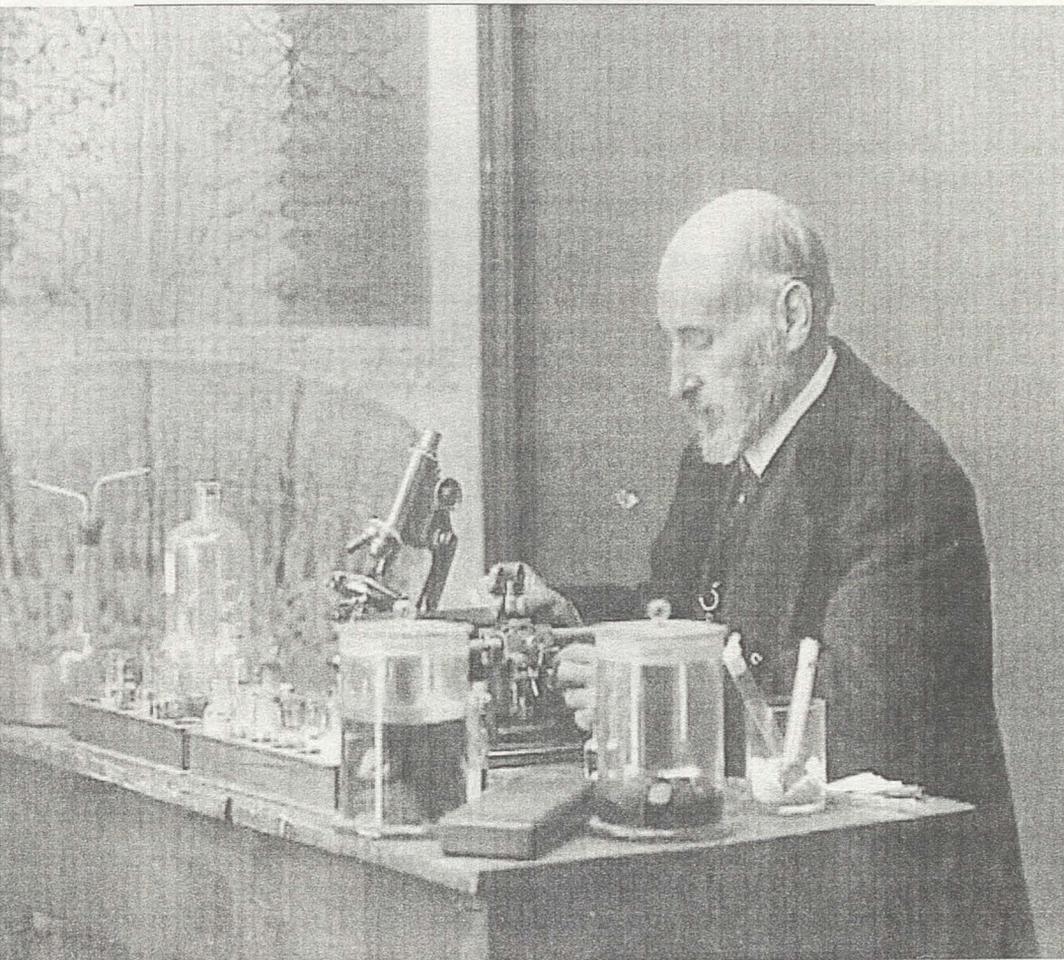
Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 5



REVISTA LITERARIA DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO



V AÑO ANIVERSARIO
CIENCIA
2007

Lola López Díaz

Tres acrósticos tristes

I

El frío.
La mañana.
Pasos
Apresurados
Sobre el mármol
Olor a nieve,
De la plaza.
En consonancia perfecta
La niña y la mujer
Transitan el
Invierno.
En certeza sosegada.
Mundo perdido de
Paredes dulces.
Olas de olvido.

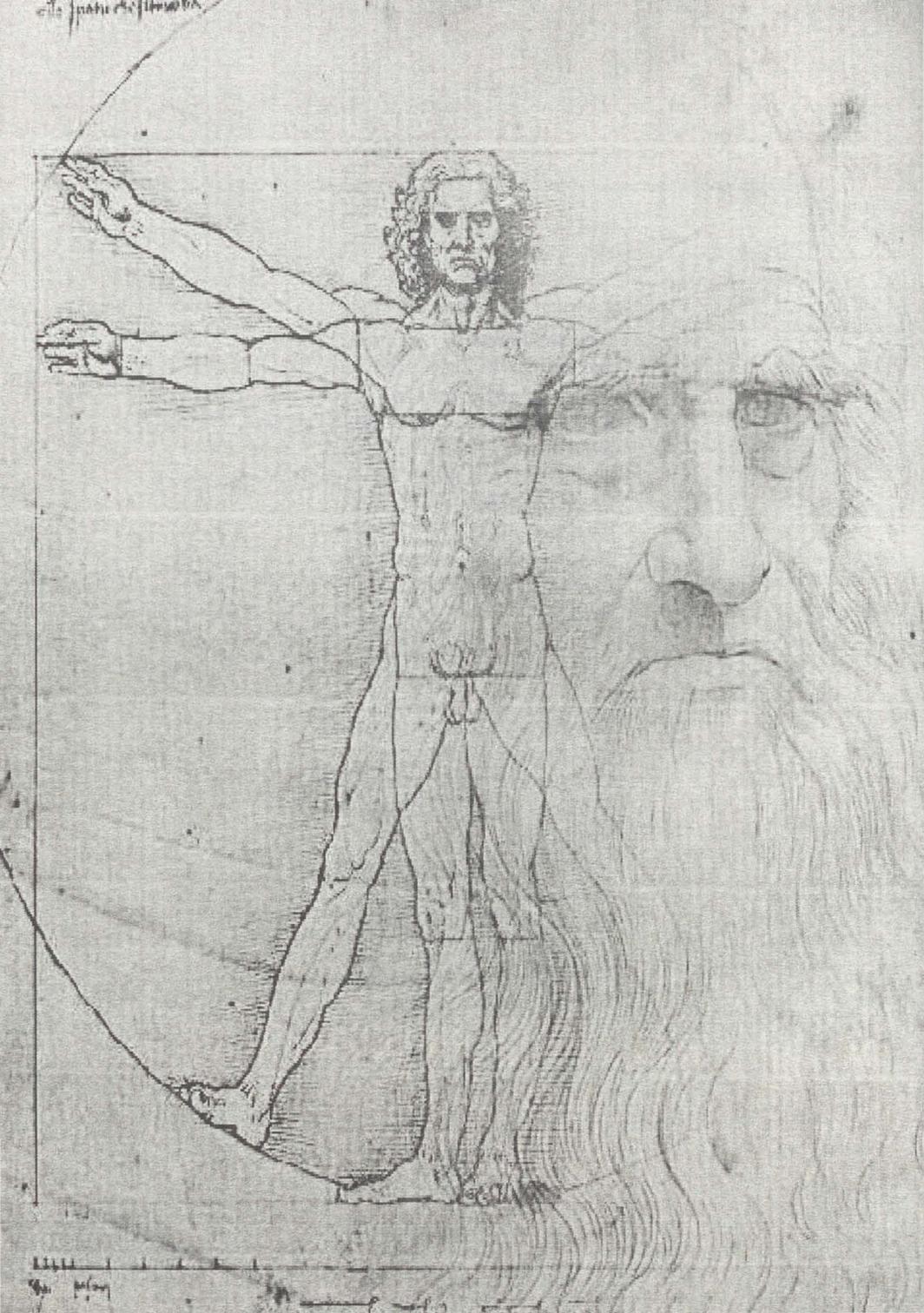
4

II

**La luz envuelve
Aceras felices.
En la ciudad de almíbar
Nubes indiferentes
Fantasean sin rumbo.
Ebullición de
Risas presurosas
Mientras corres
Esperando
Desesperada el milagro.
Ajena la calle a tu
Dolor.**

III

**Esquivo placer de otrora
Luminoso plumaje.
Caminos que se disuelven
Apenas vislumbrados.
Negación.
Sumisión silenciosa del
Arrumbado deseo.
Naufragas, sin apenas
Combatir, en
Imposible ceremonia de
Obstinada quietud**



Rafael J. Pascual

Matuca

A Matuca, con sincero aprecio.

Matuca era su nombre. Fascinante Matuca. La primera vez que la vi llegaba tarde a clase. Ella era profesora de un curso de cocina acelerado, de particular distribución en el tiempo: tres días en tres semanas. Yo era su alumno matriculado en extrañas circunstancias, por causas casi inexplicables que sólo ahora puedo comprender.

Nunca me ha gustado la cocina, arte que se me suele presentar como embajador del más ilustre tedio y portavoz del más preclaro y soberano aburrimiento. Muy probablemente se deba a que no me gusta comer. Por desgracia, y ante la incomprensión de la mayoría de mis congéneres, soy incapaz de deleitarme ante un plato de licadamente preparado, y desde luego no siento el más mínimo aprecio en el hecho de que desaparezca, degustada y veloz ante mis ojos, esa delicia que ha llevado tanto tiempo elaborar.

Sea como fuere, salía yo entonces con una chiquita a quien, de alguna forma, se le había emperejilado hacer el curso de marras. No me pregunten de quién fue la idea -al menos otro amigo nuestro, de quien después hablaré, se había apuntado- ni de dónde surgió la información: ha pasado mucho tiempo, y casi todos los preliminares de la historia que narro se han borrado de mi mente. Lo importante del asunto es que, de alguna forma que tampoco recuerdo, fui convencido, o me convencí a mí mismo, para matricularme en dicho curso.

Mi tardanza se debía a un inoportuno atasco de tráfico, aunque ahora sé que ésta era inevitable, por cuanto no me habría sido posible conocer de otro modo tan especial a aquella criatura: de pie ante mí, las cabezas bajas del resto del alumnado, sin que nada me interfiriese la pasmosa visión de Matuca. Con su gracioso delantal blanco, digna y elegante, atrayendo hacia sí la atención de todos, asemejaba la aparición surgida de un sueño a lo Hansel y Gretel: bruja mala dispuesta a devorar niños bajo el cartel de dama de un hogar todo de dulce. Y por eso, y por lo que representaba, la amé y rechacé al mismo tiempo, prisionero en la confusión de una doble naturaleza que yo mismo le confería.

Hoy sé cuál es la misteriosa razón que me llevó a matricular aquel curso. Yo nunca quise asistir al mismo y, puesto que ningún motivo había para no rechazarlo, la única razón verdadera debió estribar en el hecho de

que el destino me tenía reservado conocer a Matuca, para que su figura enraizase desde entonces en el campo de sueños que pueblan mi conciencia.

Pensé durante mucho tiempo en ello a causa de estas líneas, que tienen su origen en el común acuerdo entre nuestro mencionado amigo y un servidor -asistentes por igual a la causa de Matuca- para escribir un semblante, una transfiguración al papel del perfil de aquella mujer de nombre tan exótico y cautivador, ante cuyas enseñanzas culinarias nos encontrábamos, probablemente, igual de descolocados. Después la semblanza pasó a residir en algún cajón de los recuerdos, y sólo ahora, desempolvando éste para procurar el hallazgo de algunos de ellos, aparece ante mis ojos, con olor a nostalgia y regusto a los sabores de aquella cocina hechizadora.

Volviendo a mi recuerdo de esa tarde, debo decir que me senté allí, en la última fila, sin intención premeditada, con la ventajosa perspectiva de contemplar el aforo y la escena fundamental del evento, sin que nadie, excepto ella, pudiera observarme. Sólo la mirada directa de Matuca podía hacerme sentir cautivo siendo ajeno, y cuando esto ocurría yo me doblegaba a ella con extrañeza y rabia.

No era una mujer especialmente hermosa, aunque mostraba un sutil atractivo físico. Es curioso que no

pueda recordar sus rasgos si no es de una forma general, que no daría cuenta de las palabras elogiosas que puedo dirigirle, pero creo que el tiempo y mi propia imaginación, a tantos años luz de aquella tarde, han elegido por mí y me presentan más un icono desdibujado e ideal, que la mujer de carne y hueso que me confundía tanto.

Yo diría, en cualquier caso, que el poder de su fascinación anidaba en otro sitio. Quizás en su activo campo de gestos, cuidadosamente dirigidos para atrapar el interés del alumnado. Sus gestos: aquel moverse de manos que iban y venían, acercándote a ella, fusionando lentamente con su ser los territorios personales de aquellos aprendices de cocina, hasta formar sobre la encimera una masa de conciencia única y globalizada.

Había, sin duda, un falso acercamiento en su actitud: demasiado amable, demasiado concentrada en la individualidad de los presentes. Sus palabras cordiales y dulces, su interés detallado y concreto, su capacidad para memorizar los nombres de los alumnos dirigiéndose a ellos con precisión *al dente*... Tanto, y tan bien horneado, que al cabo de un rato sólo podía pensarse que se hablaba con un ser muy querido, sin que llegara nunca a resultar empachoso.

No me confundo al remarcar ese carácter de artificialidad con que se asomaba a nosotros, y que al fin aceptaría de buena gana pensando solo en el resultado:

ese crisol de actitudes amables y sinceras, calculadas y efectivas, dispuestas a sobrepasar la percepción de mera convivencia de una relación condenada a tres días. Sin embargo, no deben restársele méritos ni encanto a sus intenciones, encaminadas a fascinarnos y ganarnos a todos para el maravilloso mundo de la cocina. Hubiera sido preciso dejarse llevar por su arrullador tono, su cálida y suave voz, femenina y sorprendente, cautivadora. Si me hubiese conducido entonces por esta senda de gula pecaminosa que refiero, quizás sería hoy un cocinero de renombre.

Pero de los ingredientes con que se cuece una comprensión preclara como ésta, disponía yo entonces de muy pocos, y un mar de confusiones enturbiaba mi mente, disolviendo cualquier gesto amigo en los restos de una sopa boba. Tengo que lamentar mi seriedad, opuesta a su amable disposición por causa del recelo, así como la desconfianza precavida que delataba mi gesto hacia ella y su cocina, condimentada por la estúpida contradicción entre su atractivo y mi repulsa. Nos recuerdo a los dos en clara liza simbólica: su actitud abierta y estudiada frente a mi postura seria, su red de confianza ya tejida y mi terreno oculto tras un muro inexpugnable.

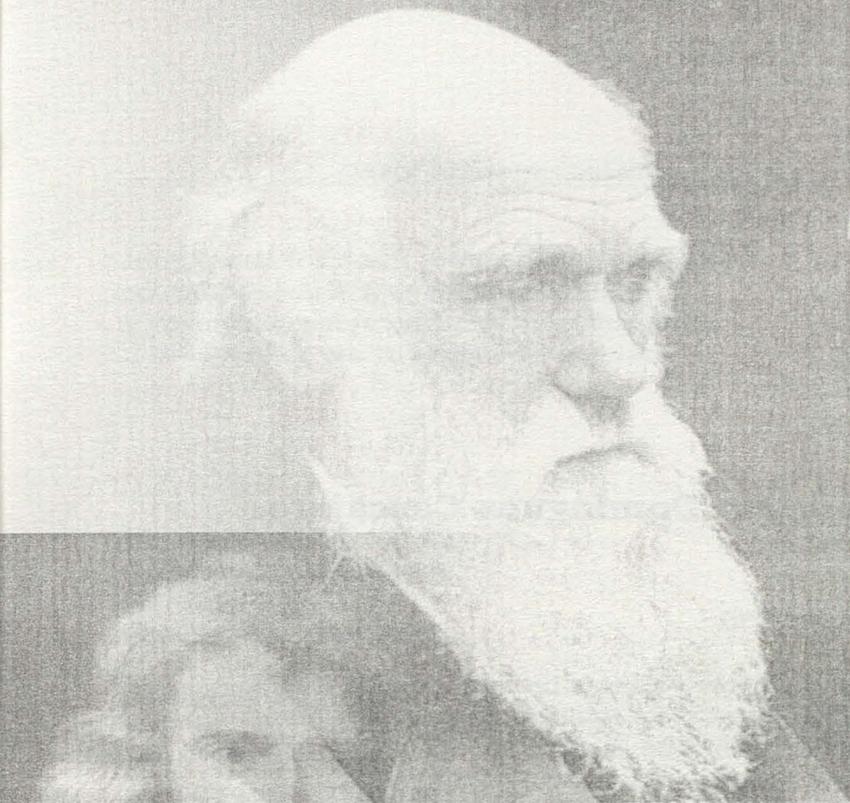
Apenas me consolaron nunca las cómplices sonrisas que al fin le cedí en los últimos instantes de ese encuentro. Por desgracia tuve luego poca opción para desandar este camino pues, debido a razones de enfer-

medad que hoy maldigo, se malogró mi asistencia a las dos siguientes y únicas clases.

Hoy nada podría detenerme. Aunque tarde, acepté el entrecruce de nuestros pasos. Su recuerdo fue suficiente para hacerme reconocer en mí la perfección de sus maneras, el pérfido aliño con que se gana a un convencido de otra causa. Su visión clara aunque lejana, al margen de cualquier vulgaridad, sirvió para cimentar mi fe en la perversión de una manzana envenenada, para convertirme en aprendiz de brujo y condenarme. Y esto se lo debo a Matuca, a quien lejanamente adoro. Fascinante Matuca. Matuca era su nombre.



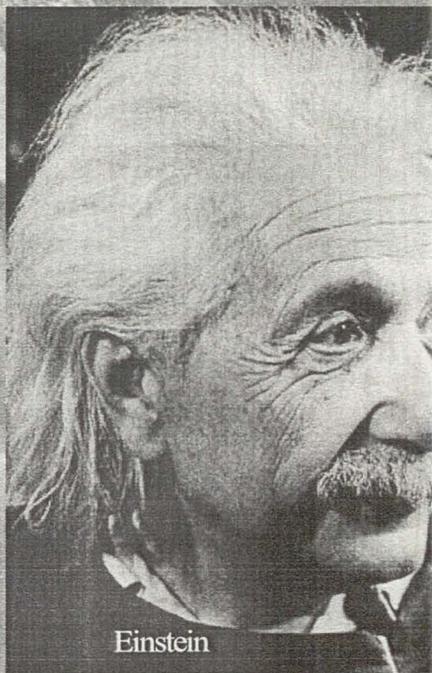
Galileo



Darwin



Newton



Einstein

Antonio Dominguez Cascajero.

Geometría

Si de siempre yo a ti te he visto como la esfera,
con mil gracias de equidistancia proporcional,
no te extrañe que, siendo un cubo yo, no te pueda,
en tu danza de los planetas, acompañar.

¿No recuerdas que torpemente probé inscribirte
en mi cuerpo? (que tu ya sabes que un cubo soy)
y en seis puntos, imperceptibles, logré sentirte,
tan lejanos del puro centro del corazón.

Y no olvides que con tu cuerpo me rodeaste,
delicada, tal como bóveda maternal
y enseguida tu piel de esfera te la rasgaste,
con mis ocho afilados vértices al rozar.

Intentamos los dos ir juntos por este mundo:
tú rodaste con el más mínimo declinar,
y yo anclado sobre una cara quedaba mudo
a la espera de por tu espera desesperar.

II

Caen los soles de los días
(hojarascas calendarias)
en discreta algarabía,
con precisa concordancia.

Pero acaso no caían
y tal vez, sin más, giraban
con profunda geometría
en los goznes de la nada.

¿El poeta?

Tú dices que el poeta es el que crea
y yo te digo que es como la flauta
por donde el aire loco corretea
buscando la salida: mientras... canta.

El principio

«Fue en el principio el verbo»: la palabra
hizo brotar el mundo en torno suyo;
nada había hasta entonces, no era nada:
nada que no se ha dicho, nunca hubo.

De la palabra todo brotó un día,
igual que, tras el riego, verdor tierno
surge de entre la tierra antes baldía:
hablar es lluvia donde es agua el verbo.

Y, luego que hizo el mundo, pretendía
que no había hecho el mundo en el que hablaba,
luz él de aquel candil por quién huía
la sombra, haciendo ser lo que era nada.

Pues su hablar era hacer que así se hacía
a sí; que con hablar de lo hecho, haciendo
seguía y hechos de que hablar traía,
de su madeja el hilo destejiendo.

Era madeja y luz, y era agua el verbo,
no feliz cachivache o artilugio
que con pericia mueve un pulso diestro:
sólo era la semilla de éste mundo.

V

Yo fui tal vez el hombre condenado,
como los otros a la insana arena
de una playa -es el pago del esclavo
que se ajusta con gusto la cadena-.

Yo fui también tal vez quien del colmado,
como tantos, compró una caracola,
y junto al mar la oyó cantar su canto,
tal que si fuera voz de viento y olas.

Yo tal vez fui también aquél tan insensato
que con la caracola pensó llevarse el mar
y al querer escucharla en la calma del cuarto,
silencio repetía, la concha, y nada más.

Tal vez legión seamos, ahora, los esclavos
que creemos que acaso se pueda uno llevar
vida, mar, amor, viento, en esencia en un frasco
que luego se abre en casa, al calor del hogar.

Ahora se ha quedado la alegre caracola
callada en el estante, junto al viento y el mar
y el amor y la vida, torpemente enlatados,
¡Como si fueran cosas que se puedan guardar!

«Y el esclavo ¿qué ha hecho?» .Pues mira, esta sentado
como un endemoniado frente al televisor,
digiriendo la esencia de vivir lo pensado
por aquél otro esclavo del oro del reloj».

Una canción... esperanzada

Me gustas mientras hablas pues te siento presente
sembrándome sonidos por los surcos del alma,
son pájaros tus voces que anidan en mi oído,
tu prendes en mi pecho palabras con palabras.

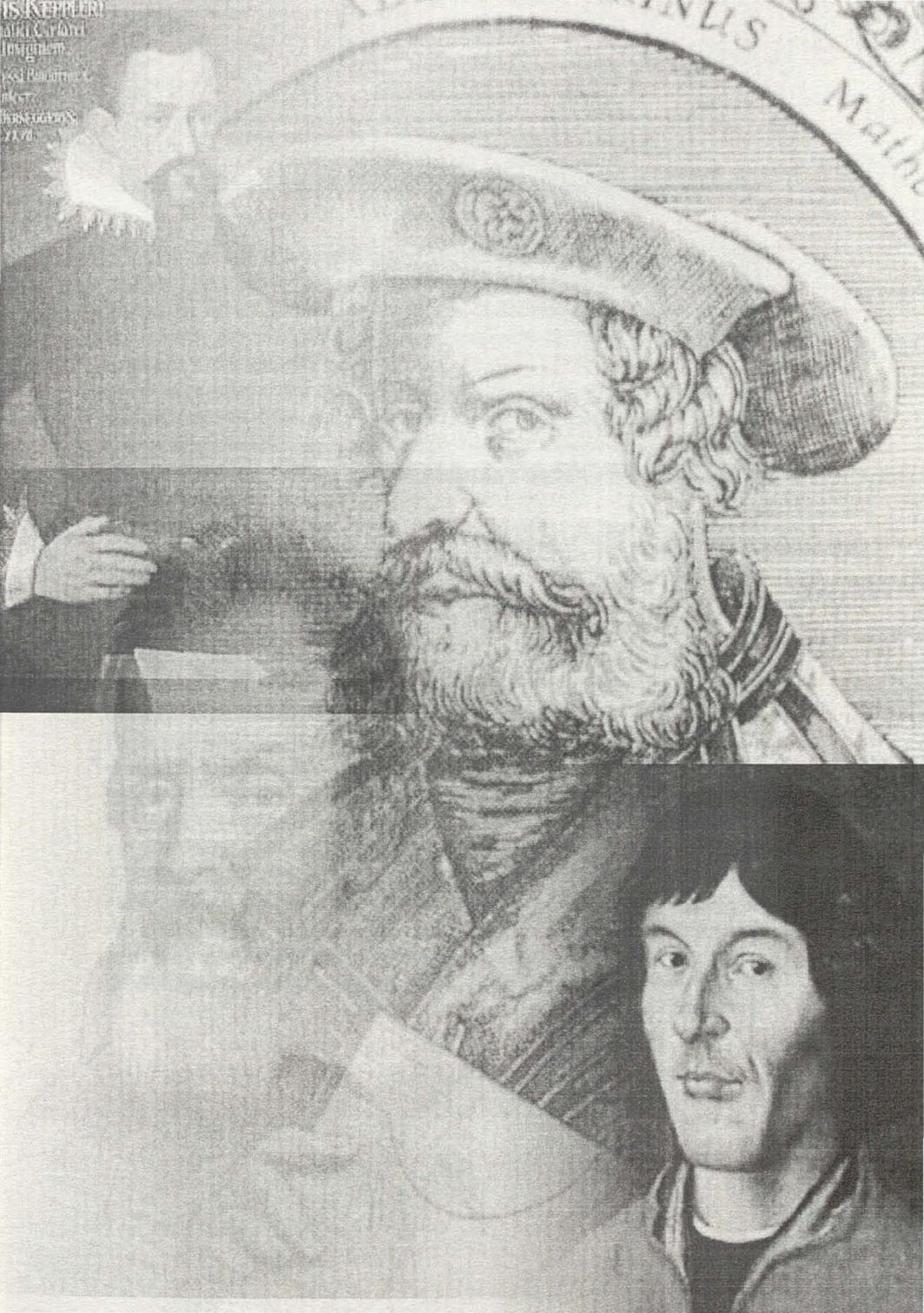
Me gustas cuando dudas, pues la ciega certeza
como hueco bostezo de la más pura nada,
disuelves con tu humano dudar, y del camino
descubres otras sendas de huellas olvidadas.

Me gustas cuando niegas la vida del futuro,
cuando niegas las muertes presentes y pasadas
y, olvidando la fuerte sentencia del destino,
respondes dulcemente: «no, nadie, nunca, nada».

Me gustas cuando brillas de luz de tus tristezas,
pues es la pena madre de toda voz que canta
y en tu cantar mi pena se funde como el río
confunde su agua dulce con la del mar amarga.

Me gustas cuando callas... si permanece el eco
vibrando por el aire de tus voces pasadas,
si perdura el recuerdo de tu acento y el mío
tejiéndose en la trenza sin fin de las palabras.

KEPLER
1571-1630
Astronomer
Mathematician
Physicist
Philosopher
1571



JESÚS MORATA MOYA

el abismo de tu sonrisa

(fábula sobre la locura y el deseo)

«Ahora o nunca». Pensó.

Durante muchos días había esperado esta oportunidad, pero un nudo de fuego le apretaba la garganta. Las manos le sudaban. La veía teclear en el ordenador con el rabllo del ojo, hermosa y coqueta, terriblemente hermosa. Trató de soltar el nudo de su garganta pero al ir a pronunciar las ansiadas palabras sólo atinó a carraspear. Miró el reloj de pared y calculó que sólo faltaban quince minutos para que volvieran los compañeros. Cien veces ensayó en su mente la frase adecuada hasta que se sorprendió a sí mismo susurrándola al aire con voz cavernosa:

«Alicia... te quiero... no dejo de pensar en ti desde que te conozco...perdona si te he ofendido... pero tenía que decírtelo. »

Por un instante tuvo la sensación de que era otro el que hablaba, otro el que se ruborizaba, mientras el corazón se le salía por la boca. Ella volvió la cabeza con un gesto de sorpresa, pero después le sonrió de forma oscura y enigmática.

Cuando parecía que iba a decirle algo, se abrió la puerta de la oficina y entraron los compañeros. La mañana acabó sin que pudieran hablar entre ellos. Un signo de interrogación quedó suspendido en el aire denso de la estancia.

Era como un sueño. Sin duda, aquella sonrisa quería decir algo, pero algunas conjeturas lo asediaban. ¿Era posible que aquella mujer sintiera algo por él? Daba vueltas en la cama, mientras Amparo, ignorante de sus anhelos, dormía tranquila.

Pensaba, sentía. Por primera vez en mucho tiempo volvían aquellos ardores de juventud, casi de adolescencia. Imaginaba besos, caricias y abrazos. La desazón no le dejaba dormir. Recordaba con placer la mañana en que ella entró a la oficina por primera vez. El jefe, abrió la puerta con la autosuficiencia que lo caracterizaba y sin saludar previamente, presentó a la nueva compañera. A partir de entonces las mañanas perderían el tono grisáceo de la rutina. Las tardes del domingo ya no serían tristes y penosas. Como un niño deseaba que pasara el fin de semana y llegara el lunes. «Sólo amanezco por verte», había escrito en una hoja de papel que después rompería por parecerle demasiado cursi.

Durante aquella noche de insomnio se deleitó en el recuerdo de su perfume. Ese olor a fresa que lo envolvía cuando se le acercaba y que le despertaba los sentidos, que lo llenaba de dicha y de nostalgia. Pero, de vez en cuando, la duda lo angustiaba. Pensaba que no era posible que aquella chica tan guapa y joven se hubiera fijado en él, un hombre gris, mucho mayor que ella, y además casado. Sin embargo, el recuerdo de lo ocurrido esa mañana le devolvía la esperanza. Sólo había respondido con una sonrisa a su torpe declaración pero era mucho más de lo que esperaba.

Deseaba que amaneciera. Había pasado la noche en blanco y no le pesaba. Deseaba que sonara el despertador. Era el día después de su audacia y volvería a verla, esperando una señal clara que mitigara la incertidumbre.

Por las mañanas temprano un aire venenoso inunda la ciudad. Son los efluvios del río, de aquella cloaca cargada de desechos que recorre las calles más céntricas.

«Los vagabundos no tienen pasado», piensa al levantarse.

Todas las mañanas el mismo rito. Los primeros rayos de sol colándose por entre las grietas del edificio que una vez había sido estación de ferrocarril y ahora era su refugio y el de otros menesterosos.

Con las primeras luces entra también ese aire pestilente que lo despierta. Pasa mucho tiempo hasta que se

decide a abandonar el fajo de cartones que le sirve de lecho. Después, como un autómata, llena de vino un vaso de plástico. A veces corta con las manos sucias unos mendrugos que moja en el vino. Ese es su desayuno, y algunas veces la única comida del día.

Las mañanas son largas y frías en invierno. Pasear la mugre por las mismas calles. Buscar un banco al sol dónde sentarse. Entre trago y trago mirar a ningún lado y esperar que pase el tiempo, desear que pase el tiempo. Que la noche lo esconda de las miradas mezquinas. Dejar caer un día más. Sin fuerzas para volver al refugio, pero con la esperanza de encontrarlo vacío. Dejar que el alcohol y el aburrimiento lo hastien lo suficiente como para hundirlo en el sueño. Pero, a veces, también teme aquel sueño obsesivo que lo llena de angustia.

Sin saber cómo, porque los acontecimientos se precipitaron desde el día en que se declaró, se vio en la habitación de un hotel, recorriendo con su boca un cuerpo joven y acariciando unos senos tersos y redondos, saboreando una lengua tibia. Por otro lado, desde aquella tarde su vida se llenó de excusas y mentiras; de jornadas de trabajo prolongadas con pretextos extraños con el único motivo de estar con su joven amante.

Mientras la acariciaba y le susurraba al oído tiernas palabras, ella se dejaba hacer en silencio. Sólo esbozaba de vez en cuando una sonrisa abierta y descarada.



J. Morals

"El abismo de tu sonrisa"

2011

Transcurrieron aquellos días de felicidad, sólo alterados por el temor de que su mujer pudiera descubrirlo. Pero el día menos esperado llegó la desdicha. Alicia le anunció que después de las vacaciones la Compañía la trasladaría a una nueva sucursal en una ciudad del Norte. Deseaba y temía que la distancia y el tiempo acabaran con aquella relación. Se sintió mal. Profundamente deprimido llegó a casa. Se había acostumbrado tanto a ella, que de ninguna manera se resignaba a perderla.

Pensó en pedir traslado, a la nueva sucursal pero no acertaba a dar una justificación convincente para su mujer. Llevaba mucho tiempo en aquella ciudad provinciana, tanto que sus vidas estaban adaptadas a la rutina de sus gentes y calles. No había ninguna razón que justificara una petición de traslado. Se acercaban las vacaciones y después seguramente no volvería a ver a su amante. La desesperación lo llevaba a dar solitarios paseos por el parque buscando una solución a sus anhelos.

La decisión fue difícil de tomar pero, conforme se acercaba la fecha, se daba cuenta de que no tenía elección. No podía sostener por más tiempo ese edificio de mentiras que había forjado. Su mujer no podía creer lo que estaba oyendo. Después de ocho años de matrimonio costaba aceptar que aquel hombre que tanto significaba en su vida la hubiera estado engañando. Lloró y lo insultó amargamente. Él no sintió remordi-

miento, sino pena de sí mismo, porque se sentía víctima de aquel deseo oscuro e incontrolable. Le dijo que se iba, que tratara de comprender que nunca quiso hacerle daño. Mientras cerraba la maleta la oía gemir en la sala contigua, consciente de que era injusto con aquella mujer con la que había sido feliz, pero consciente también de que no tenía otra salida. Sentía un impulso tan fuerte por correr detrás de Alicia que no podía controlar su destino. A pesar de saber todo lo que rompía, nada ni nadie iba a hacerle cambiar su decisión.

En la estación, tuvo de repente una profunda sensación de ruina y desamparo, mientras acoplaba la maleta en el pescante. El cansancio invadía su cuerpo porque intuía que aquel viaje se haría largo. Acomodado en el asiento, cerró los ojos para aislarse de los demás viajeros y se sintió penetrado por la incertidumbre. Él, un hombre cauteloso, que siempre había buscado la seguridad de lo conocido, se veía enfrascado en aquella aventura, haciendo cientos de kilómetros y renunciando a todo lo que había sido hasta ahora, por andar detrás de una mujer mucho más joven que él. Recordaba como en sus lances amorosos tenía la sensación de que aquello era un juego para ella, de que en realidad no se lo tomaba en serio. Cuando él le declaraba sus sentimientos, ella lo miraba fijamente y, sin decir nada, sonreía, siempre le respondía con una sonrisa insondable.

Se quedó dormido sobre los cartones. Un aire frío y húmedo atestaba aquel antro, lleno de suciedad y cascos desprendidos del techo y las paredes. La noche entraba por las grietas adornada con cientos de puntos brillantes. Y el sueño... a la misma vez entraba en su cabeza aquel sueño.

Un pueblo pequeño e indefinido como los que habitan la geografía de las alucinaciones. Hay un encierro y él está de espectador. La gente corre y el toro pasa a su lado, lo mira y un soplo de pánico le encoge el corazón. Son unos ojos grandes y fieros que parecen haberlo reconocido. Una mirada que es una advertencia: Voy a por ti y de nada servirá que te escondas.

El miedo sube por el pecho hasta ahogarlo, hasta hacer que despierte. Suda. A pesar del frío que entra por las rendijas y aunque sólo está tapado con una vieja y raída manta, suda y tiembla de miedo.

Al despertar percibió el cambio de paisaje. Los terrenos yermos del sur eran ahora prados frescos y verdes. El sol se ocultaba tras un manto de nubes negras. Vio el letrero. Dentro de poco llegaría a su destino. Se alegró de haber pasado casi todo el viaje adormecido porque se le había hecho más corto de lo que temía. Posiblemente, ella lo esperaría en la estación, aunque no estaba seguro. Una lluvia tenue comenzó a caer, al tiempo que el tren se detenía. Atardecía, y desde la ventana de su compartimento contemplaba el ajeteo de via-

jeros, operarios y esos seres anónimos que esperan la llegada de algún amigo o familiar.

Bajaba la maleta a la vez que trataba de encontrar su rostro entre la gente. La ansiedad fue creciendo conforme el andén se fue vaciando y no la veía aparecer. Se sentó en un banco. Un cuarto de hora que había llegado y la soledad de aquella estación alentaba los peores presagios. Las gotas pequeñas del sirimiri fueron arreciando hasta convertirse en aguacero. Enfrente de él avanzaba implacable la aguja del reloj de la estación. Ya, avanzada la noche, comprendió lo inútil de la espera. En la triste habitación de una pensión trató de encontrar cientos de explicaciones para que Alicia no lo hubiera esperado. Su cabeza no paró de rumiar en toda la noche.

Al día siguiente se presentó en la Compañía de Seguros, pero nadie conocía a una tal Alicia. Casi se desvanece cuando el Director de la Agencia le explicó que aquella Sucursal no era nueva, que él mismo trabajaba allí más de diez años y que no tenía noticias de que fueran a trasladar a una administrativa después del verano.

Salió a la calle con las piernas temblorosas y un gato arañándole las tripas. En un bar, junto a la Oficina, pidió una copa de coñac. Rebuscando en los bolsillos encontró un trozo de papel con su nombre y un número anotado. Buscó en la guía uno por uno los números de teléfono de aquella ciudad, con la certeza de que

ese número lo llevaría a una dirección. Le costó más de dos horas pero por fin consiguió las señas que buscaba.

Era un viejo edificio, en una céntrica calle, con la fachada ennegrecida por el tráfico. Subió al segundo piso y llamó varias veces al timbre hasta que comprendió que no había nadie. Otra vez la inútil espera, ahora sentado en el rellano. Cada vez le atormentaba más la sospecha de haber sido objeto de una broma cruel.

Bajó a la calle y se sentó en la terraza de una cafetería, tratando de serenarse y ordenar las ideas. Quizás no fue la decisión más inteligente, pero era la única que cabía en su cabeza. Durante días se dedicó al acecho de aquel portal, pensando que alguna vez iría por allí, aunque sólo fuera a recoger el correo.

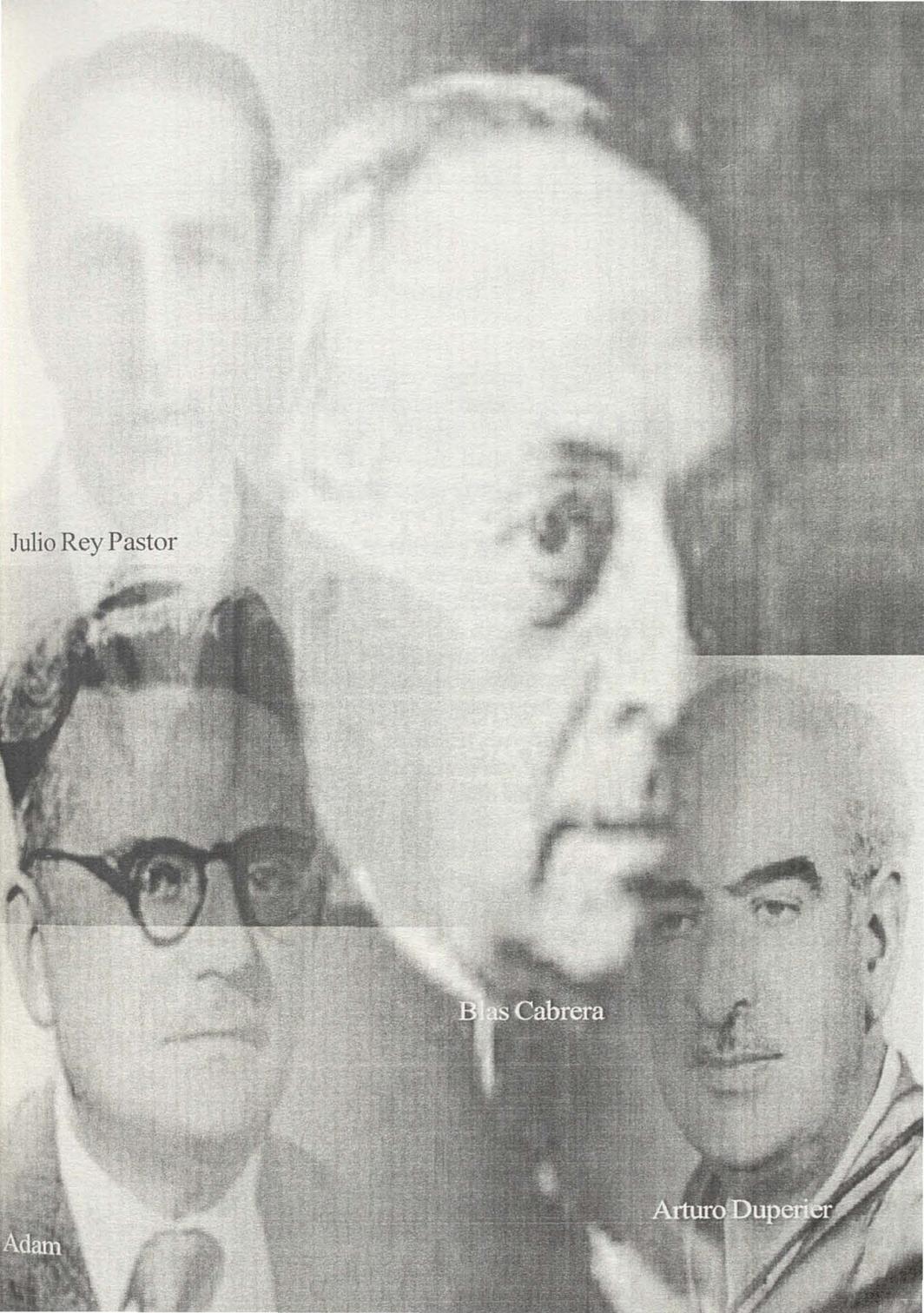
Y una tarde plomiza de octubre la espera dio resultado. Desde su escondite, la vio aparecer de lejos. La observó en silencio, con el alma en vilo. No venía sola. Se plantó delante, cuando ella rebuscaba las llaves de la cancela en su bolso. Eran muchas las cosas que había pensado decirle, pero no atinó a abrir la boca. Como en otras ocasiones difíciles, un nudo le atenazaba las palabras. Sin embargo, su rostro lo decía todo. En su mirada confusa cabían todas las derrotas y amargas del hombre que se sabe engañado. Esperó inútilmente una explicación. Quería saber la razón o la sinrazón de aquel enredo. Sin decir palabra, la miró fijamente suplicando una respuesta. Mientras su acompañante permanecía atónito en un segundo plano ella lo miró también, al principio con gesto de sorpresa, pero después se limitó a

sonreírle, con la más oscura y abyecta de las sonrisas.

Hacia mucho tiempo que recorría la ciudad Aquella ciudad industrial, escasa de luz y ennegrecida por la contaminación.

Hacia mucho tiempo también que había perdido la noción de su pasado, que los recuerdos eran sólo un cúmulo de imágenes confusas flotando en el éter de la memoria. Sólo le quedó la ocupación de caminar durante el día y huir de noche de la bestia que lo acechaba, que lo miraba con ojos de fuego y amenazantes. Esa bestia que por fin lo encuentra y lo acorrala. Los dos solos, en la plaza desierta de un pueblo que no existe nada más que en sus delirios. Frente a frente. Con los pitones afilados rozándole el pecho, allá dónde anidan las pasiones y los deseos. Que ya se dispone a embestir para vaciar con el cuerno el odre pútrido en que lo ha convertido el destino.

Antes de que lo embista, se atreverá a mirar la cara del monstruo que habita sus pesadillas y será entonces cuando verá dibujada en su rostro una sonrisa que le es familiar a la vez que oscura y enigmática.



Julio Rey Pastor

Blas Cabrera

Arturo Duperier

Adam

Martín Lucía

Encuentros y descubrimientos

Yo encontré.
No fui mano en la oscuridad
de una habitación cerrada
donde juegan y buscan los niños.
Aún así,
yo te encontré.
Te descubrí.
Y aprendí a andar descalzo,
mi verbo en mis ojos
y mis ojos en los tuyos,
sin preocuparme por las urgencias
del próximo alba.
Yo encontré, descubrí,
como mano que no busca nada.

*A Pies de viento
13 de febrero de 2006*

Sangró

Sangró heridas
que no sabían de sangre.

Huyó.

Tuvo que huir.

En sus pies el aire
ya no era el viento,
sino el eco del plomo.

Volvió.

Quiso volver,
dejando atrás los ojos
y casi todas las palabras.

Volvió lleno de sangre
que su espalda sangraba.

Volvió,

así lo quiso,
quizá para que hoy
orgullosamente declare
nieto de vencido.

31 de enero de 2006

A mi abuelo Lolo.

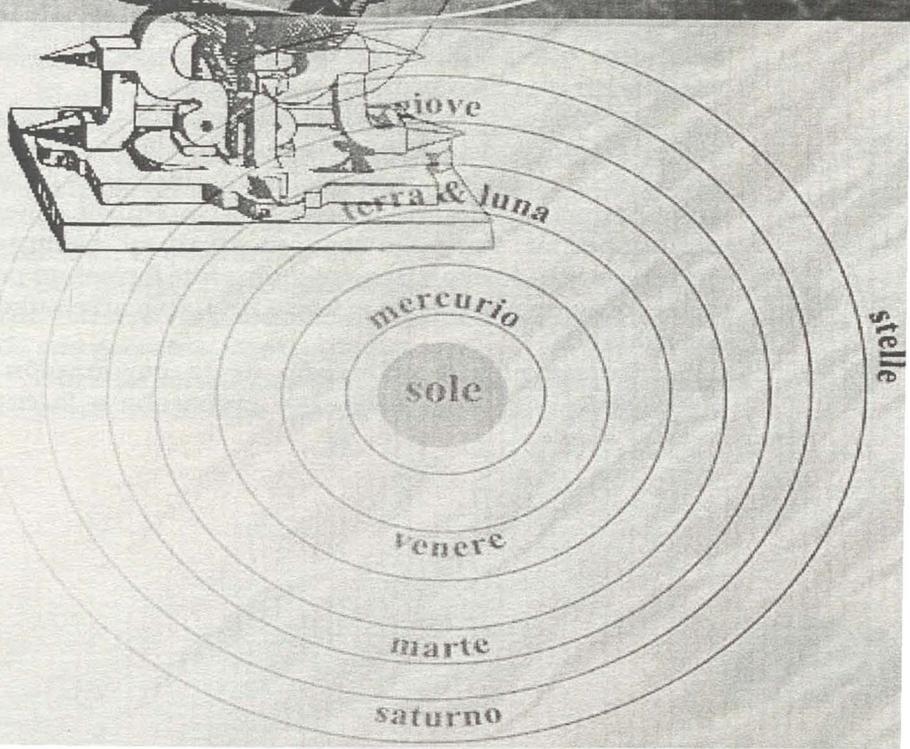
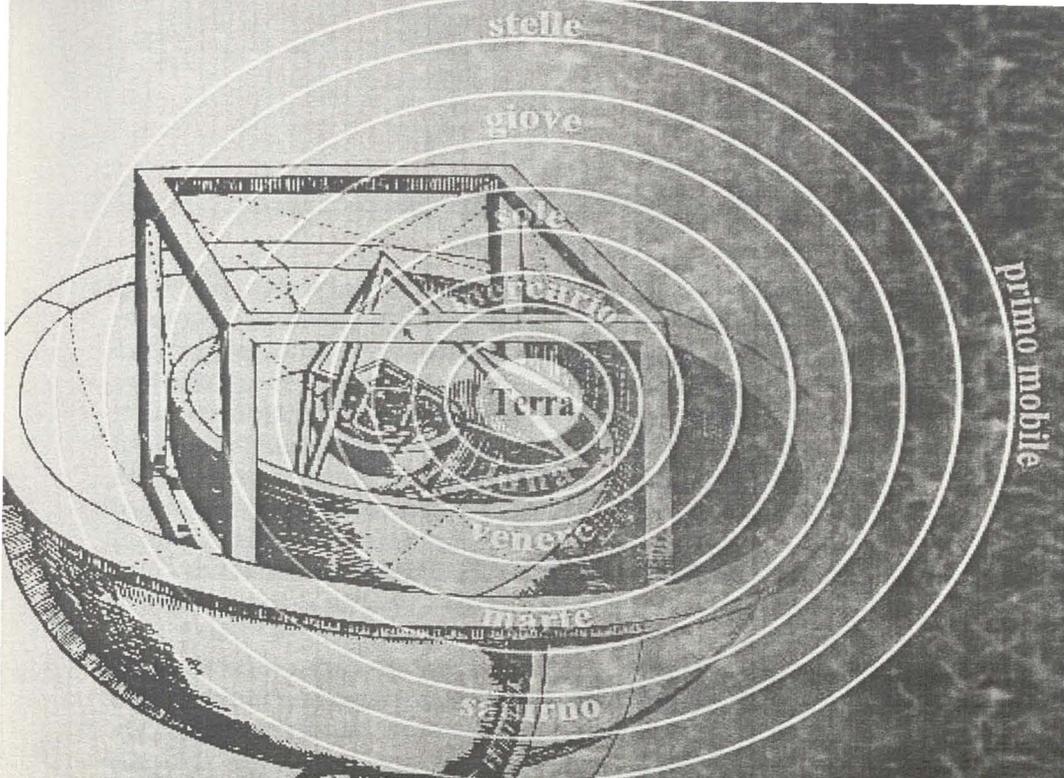
*De estúpidos y estupideces:
el buen socialista*

Yo, buen socialista,
nacionalizaría la tierra,
pluralizaría el mar...
Yo, un buen socialista,
sí, pero más allá de mi pellejo.

Por eso estatizaría la vida,
el asfalto, las farolas...
pero privatizaría tu sexo,
tu hambre, tu boca...
privatizaría para mí tu cuerpo.

Porque soy buen socialista,
pero sólo más allá de mi pellejo.

A Bibiano Torres



Rafael Escobar Contreras

El hechicero de Bu

A mediados del siglo VII vivía en Toledo un viejo hechicero que habitaba en una cueva cuya entrada se situaba en un cerro próximo a la ciudad.

Desde hacia varias generaciones sus antepasados venían preparando una pócima que protegía y daba fuerzas a los reyes godos, haciéndoles invulnerables frente a sus enemigos y dotándoles de una sabiduría especial para gobernar. Para ello seguían un ritual, siempre al atardecer, y utilizaban unas reliquias que formaban parte del tesoro que Alarico, en el año 410, había arrebatado a los romanos.

Corría el año 653, año de la coronación de Recesvinto, y el viejo hechicero preparaba a la entra-

da de su cueva la pócima para el nuevo rey, cuando de repente, de entre las sombras, apareció un gigantesco cuervo negro que con el batir de sus alas volcó el viejo caldero en el que burbujeaba un líquido viscoso. Poco tiempo había transcurrido desde que el líquido elemento fuera absorbido hacia lo más profundo de la tierra, cuando un rayo, surgido de la nada, impactó en aquel mismo lugar, produciendo una tremenda explosión que abrió un enorme hueco en el suelo.

Ante los ojos del sorprendido hechicero, de entre la espesa nube de polvo producida, fueron apareciendo, cual desfile infernal, espectrales figuras: la cabeza degollada de una mora, el rostro de piedra de un joven príncipe sarraceno, una joven desnuda que se sumergía en las aguas de un río, un guerrero con una mano horadada, una cabeza de varón sobre una bandeja, un cristo con las manos desclavadas, una Virgen con siete alfileres clavados en su corazón...

El aterrorizado hechicero se refugió dentro de la cueva, pero, lejos de tranquilizarse, su terror aumentó aún más al contemplar que sobre la roca de las paredes se habían quedado grabadas junto a unas extrañas inscripciones las imágenes que había contemplado minutos antes en el exterior.

Sin tiempo para reaccionar, el techo comenzó a derrumbarse y en pocos minutos quedó sepultado, con todos sus secretos, dentro de la cueva.

Durante cincuenta años nadie se atrevió a pisar aquel cerro, hasta que un día el valeroso y atrevido D.

Rodrigo, último rey Godo, abrió la cueva. El hechicero y sus reliquias habían desaparecido, pero los grabados aún se conservaban intactos. El rey contó a su pueblo lo que allí vio, aunque nadie encontró un significado.

Estos hechos pasaron de boca en boca, a través de los siglos, sin que nadie interpretase aquellos grabados hasta que, en distintas épocas, fueron aconteciendo en la ciudad determinados hechos que hicieron comprender que los grabados predijeron el origen de numerosas leyendas acaecidas en la ciudad y que han perdurado hasta nuestros días.

La fuente del moro

Corría la segunda mitad del siglo XI, y Alfonso VI hacía varios meses que tenía sitiada la ciudad de Toledo, habitada por aquel entonces por musulmanes. Había tomado ya el castillo de San Servando y se disponía a sealar el ataque final, mientras que, al otro lado de la muralla el hambre hacía mella en sus habitantes. El rey sarraceno, junto a su invitado el príncipe Abul-Walid, evaluaba la situación y decidieron que no tenían más remedio que burlar el asedió y partir en busca de ayuda.

Al-Qasim, emisario del príncipe, partió hacia Granada para solicitar al rey Abd Allah una pequeña avan-

zadilla, mientras Abul-Walid se dirigía al norte de África para reunir sus tropas. Aprovechando la caída de la noche, salieron de la ciudad por el puente de Alcántara, pero los centinelas del castillo les descubrieron y con una de sus flechas alcanzaron al emisario que continuó cabalgando, gravemente herido hasta que las fuerzas le fallaron, más allá de los cerros donde hoy se sitúa la Academia de Infantería, y cayó al suelo agonizando.

Elvira, hija del capitán cristiano al mando del castillo, que cada mañana al despuntar el alba paseaba a lomos de su caballo por esos parajes, descubrió el cuerpo malherido de Al-Qasim y, rápidamente, rasgándose sus vestiduras, improvisó un vendaje con el que cubrió su herida. Tras esconderlo al amparo de unos matorrales, cabalgó hasta el castillo para regresar de nuevo con agua y una hogaza de pan.

Durante varios días curó y alimentó al joven hasta que se recuperó y pudo continuar su camino, no sin antes prometer a Elvira, de quien se había enamorado, que volvería para no abandonarla jamás. Ni un solo día dejó Elvira de acercarse a aquel lugar esperando el regreso de su amado.

Mientras tanto, la ciudad había sido tomada por Alfonso VI y los moros, que ahora ocupaban las colinas, planeaban su reconquista.

Elvira, aún sabiendo que corría grave peligro, burlando la guardia seguía acudiendo fiel a su cita. Pero un día fue sorprendida por una patrulla mora, ávida de venganza, que la desposeyó de su honor y la asesinó. Uno

de los agresores recogió del suelo un pañuelo de seda que llevaba el nombre de su amado bordado en oro.

Un mes más tarde, cuando Al-Qasim regresó a Toledo con el ejército de Granada, el oficial sarraceno al mando, entregándole el pañuelo con su nombre, le explicó lo ocurrido y arrepentido por la acción de sus soldados, a los que ya había castigado, quiso compensarle ofreciéndole encabezar, junto a él, la reconquista de la ciudad.

El emisario rechazó la oferta y se dirigió afligido al lugar donde había conocido a su dama. Allí pasó tres días y tres noches llorando su pena de amor, hasta que decidió quitarse la vida.

Dicen que sus lágrimas, derramadas en aquel suelo inerte, hicieron brotar un manantial que hasta hoy sigue fluyendo y se conoce como «Fuente del Moro».

Joaquín Copeiro

Creación

Yo ya no sé qué hacer con tanta eternidad.
Yo ya no sé qué hacer, ni sé de dónde vengo.
No sé de dónde vengo, o no tengo memoria.
¿Y cómo la memoria, si aún no existe el antes?
¿Qué debo recordar? No hay luz que alumbre nada
detrás de mí. ¿Detrás?

Es tedio este presente
sin detrás ni después, sin ayer ni mañana.

*Pues créate a ti mismo. Hazte creación eterna.
Tú solo, un universo, crece hasta que te aburras,
crece hasta que te sangre el pensamiento.
Crece a tu alrededor, como una bola, crece.*

*Crecer, en ti, universo, es como componer
un poema en estrofas con versos escandidos:
si falla el silabeo, si yerra la escansión,
y donde has de escribir, por ejemplo, «Te quiero»,
escribes «Odio a todo aquel que no me quiere»,
acaso una galaxia te explote entre las manos
y un mar de oscuridades esconda las estrellas.
Pero tú continúa, no pares de crecer,
que has hallado por fin una razón divina.*

Crecer, sí, sin medida, que va en ello mi gloria.
Quiero lo que un poeta: que se me glorifique.
Quiero crear poetas y que me glorifiquen
porque sientan pavor frente a mi obra magna.
¡Que me canten de miedo! ¡Que alaben mi grandeza!
¡Que se turben absortos con mi creación gigante,
en la que las miriadas de parsecs son un ángstrom!
¡Que un ángstrom solo sea millones de años luz!
¡El dolor y la muerte han de mover los versos!
Quiero crear poetas, yo hacedor de poetas
que sufran y que mueran para que hilvanen rimas.

*Dicen que el mundo ha sido creado, sí, creado,
para tu propia gloria, ¡vaya!, y que lo has creado
porque tú creas así, tú, por sabiduría,
y por amor también.*

Poeta a fin de cuentas,

*yo, uno de esos que tú con amor esculpiste,
me pregunto el porqué de un mundo tan enorme,
cuyos límites nunca podremos alcanzar.
¡Los límites! ¡Las marcas! ¿Allí nos detendremos
a observar el abismo de tu esencia,
para luego volver el rostro hacia tu rostro
y halagar los mil nombres de tu verbo y tu carne?
¡Qué grande, el universo! ¡Demasiado grande!
Nos hubiera bastado un puñado de estrellas
y un sistema solar para glorificarte.*

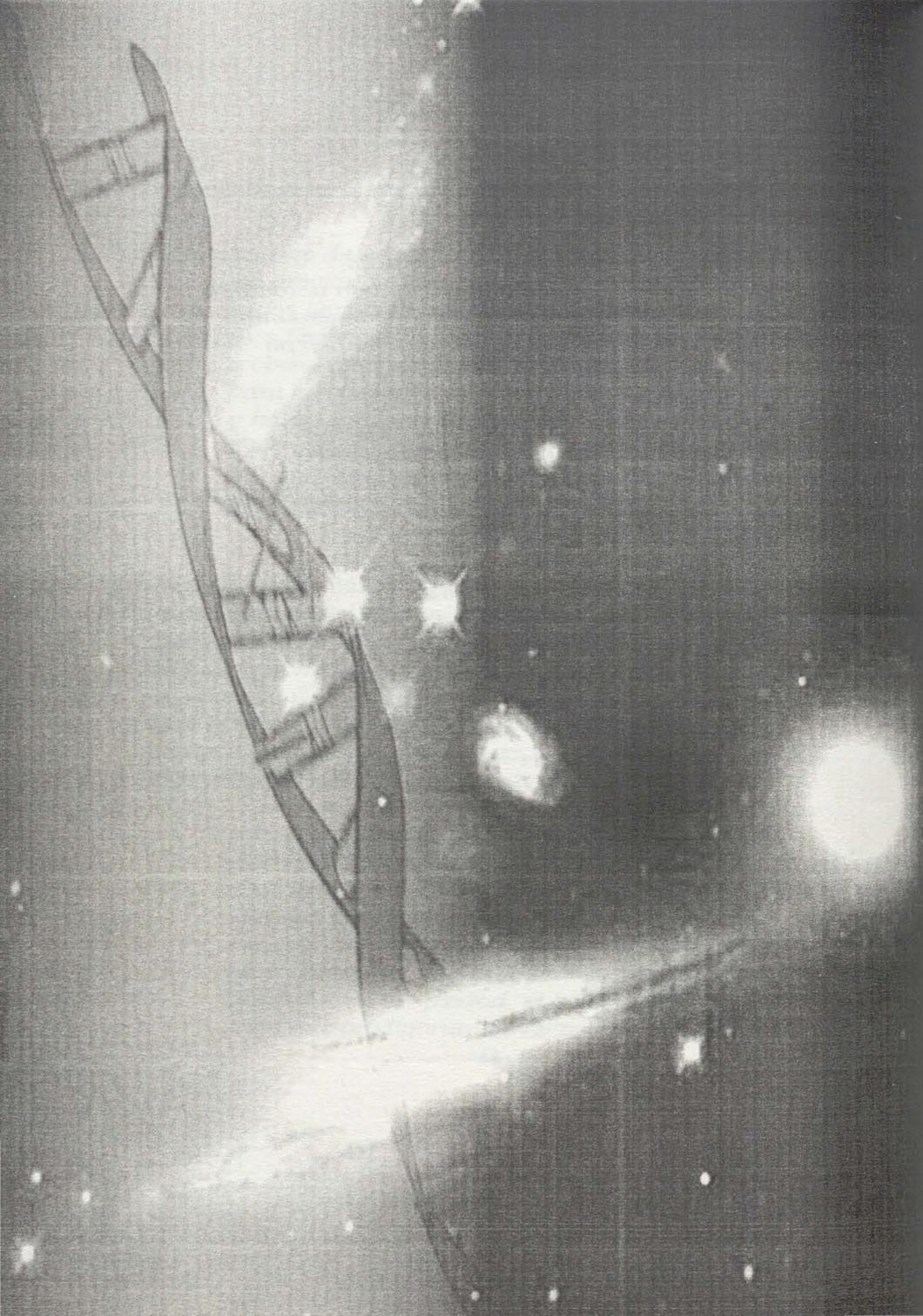
Pero yo pude más, yo quise más que eso:
quise garantizar mi glorificación,
por los siglos, de todos cuantos pueblan mi mundo:
lo hice inabarcable a propósito, sí;
lo hice oscuro para los malditos poetas
que quieren conocer también cuanto no deben.
¡Jamás terminarán de conocer mi mundo!
¡No dejarán, por ello, jamás, de darme gloria!

*¡Los malditos poetas! ¡Los poetas malditos!
¡Qué mal, decir, qué mal! ¿Por qué tu bien fue mal?
¿En qué franja de tiempo, tú, sin misericordia,
sacaste las navajas y el pus de la carcoma,
para cortar las manos, los nudos de las tripas?
¿Qué movió, sin piedad, el soplo de tu mente
para que prodigaran los niños, los cadáveres,*

*el llanto enloquecido de las piedras,
porque ni ellas entienden que deban abrasarse
millones de inocentes en dolores de espanto,
sin una triste brizna de tierra ni de tiempo
donde glorificarte por una simple flor?
No puedo vomitar.*

*La rabia me consume,
la rabia de saber el dolor de la muerte,
el dolor de la sal en los hambrientos,
o el dolor del vinagre en carne viva
y el de los torturados sin descanso,
y el de los perseguidos por la guerra,
o el dolor de los desesperanzados
y el de los enterrados de por vida,
o el dolor de los niños que agonizan,
o el violeta dolor de los ahogados,
o el dolor amarillo del desierto,
o el dolor esmeralda de la selva,
o el fulgente dolor de la montaña,
o el dolor enlutado del asfalto.*

¡No puedo vomitar! ¡Queda contigo!



María Antonia Ricas

Abril es el mes más cruel, hace brotar
lilas del interior de la tierra muerta...

De La tierra baldía. T. S. Eliot

En el ramo del olmo
hay una joven tórtola glauca
sin sobresalto, resucitada
de su noviembre. No memoriza
el aleteo de otras semillas,
y no tararea la clemencia
por las ramas secas, cicatrices
donde estuvieron otras razones,
otros crecimientos.

Su canciocilla verde reclama
la atención de los dioses salvados
del invierno; su arrullo despliega

primero hojas pequeñas, después
será la sombra apaciguadora
de julio.

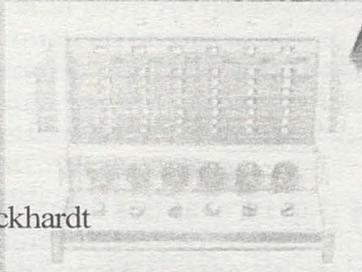
Sé que no piensa el olmo ni piensan
sus pájaros vigorosos, ácidos
de tan recientes, con las palabras
que yo pienso.

No es pensar, no, no es pensar, es esta
crueldad para poder volar
de nuevo, para estar hambriento
desde la raíz hasta las nubes.

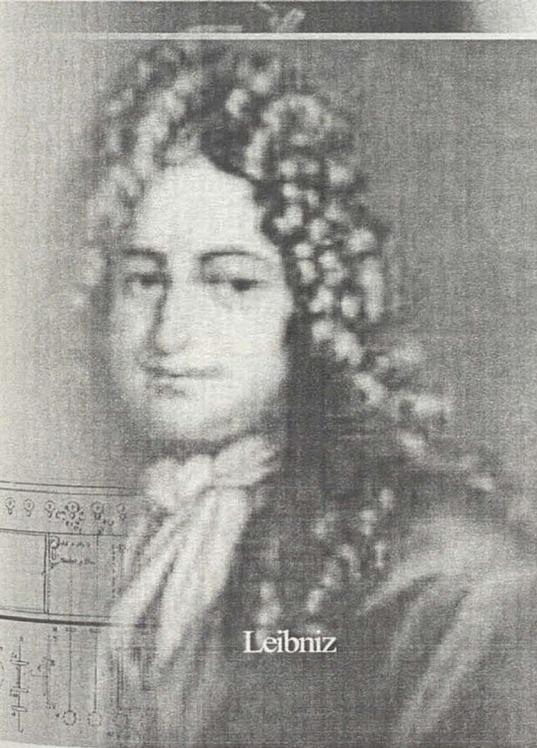
Esa voracidad
o el vuelo ya me son imposibles,
cualquier ramo ajeno y huidizo.



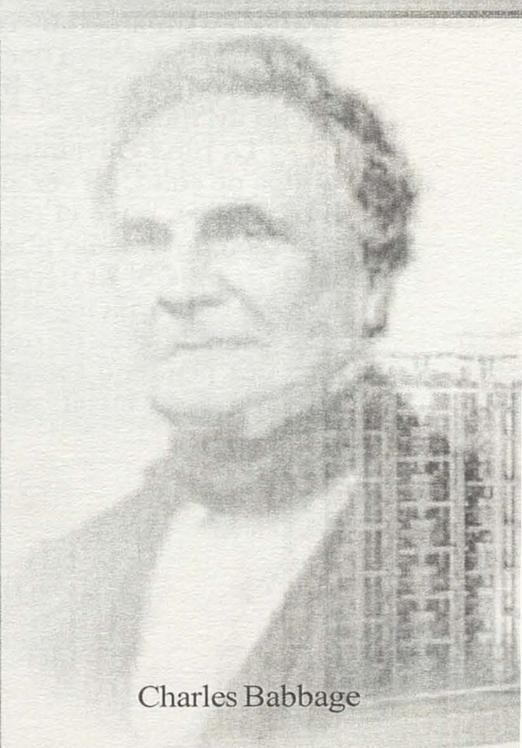
Wilhelm Schickhardt



Blaise Pascal



Leibniz



Charles Babbage

Jesús Pino

Verdades más o menos falsas

El niño Burlanaster García, a las dos semanas de empezar su andadura por la vida, tropezó en un saliente de una baldosa del salón de su casa y fue a caer de bruces en un libro abierto, hundiéndose entre sus páginas. De esto hace ya doce años y aún no se ha perdido la esperanza de que un buen día emerge, sano y salvo, hecho un mozalbete.

La niña Olivianitonyon Pérez y Pérez, a sus tres añitos de edad, tal vez sin querer, tal vez con criminales intenciones, puso el pie en un hormiguero del jardín y se precipitó abismo abajo, hasta quién sabe donde, en las entrañas de la tierra. Por ahora cumpliría dieciocho años si brotara a los aires de marzo por algún resquicio de cemento o raíz de mimosa.

El pequeño Cagüenlamar Álvarez, agarrándose a la pata de la mesa, alcanzó por vez primera la posi-

ción bípeda, y sólo se le vieron las piernecitas. El tronco y la cabeza desaparecieron en algún otro plano de la realidad. Al cumplir los veinte años se sabe de su presencia por los zapatos y un poco del muslo. El resto de su cuerpo evoluciona en el más allá de la geometría euclídea.

A la puta Nicolasa Cañón Urbis, Dios o la Naturaleza, que eso se discernirá el día del Juicio Final, no la agraciaron con una inteligencia penetrante y reflexiva, con una mente lúcida ni una razón portentosamente especulativa. No. A la puta Nicolasa Cañón Urbis, Dios o la Naturaleza, cosa que ya se averiguara en el proceso supradicho, la favorecieron con una lengua sedosa y malabarista, unos labios espesos y flexibles y una boca amable y muy profesional. Sí. A la puta Nicolasa Cañón Urbis, de argumentos científicos nada de nada, pero de felaciones ¡vaya si sabía!. En cambio a don Albert Aawronh Einstein, la Naturaleza o Dios, que en esto no se ponen de acuerdo los taxistas, le adornaron con una capacidad analítica brillante y musculosa, con una visión deductiva amplia y revolucionaria, con una tenacidad lógica impecable. Circunstancias ambas que muestran la armonía y equilibrio del mundo y sus pasiones.

Al niño Daoizvelarde Grimuán, el mismo día de cumplir los cinco años, y ya es casualidad, se le cayeron las dos orejas consecutivamente. Plin, una; plin, la otra. Su tío, concejal de sanidad y presente en el episodio, tranquilizó a los padres con muy sabias y ponderadas razones. «No hay por qué preocuparse. Se le han

caído las orejas de leche. Ya le crecerán las buenas» Cuando Daoizyvelarde Grimuán celebraba su sesenta cumpleaños, mandó guardar silencio tocando con una cucharita en un vaso y alzando la voz y la copa de vino, espetó: Brindo por mi difunto tío, el concejal de Sanidad, experto en mamonadas y gilipolleces» Luego se subió las gafas desde la punta de la nariz y se ciñó, con fuerza, la correa de cuero con la que las sostenía.

Al joven novillero, Yonguaine del Amor Hermoso, le corneó el primer novillo de su lote. El cuerno derecho le atravesó el muslo izquierdo abriéndole un agujero de muy considerable magnitud. Eso lo vimos todos los espectadores. Y también vimos, aunque bien pudiera ser que lo soñamos, como el dicho orificio se fue tragando en un pis pas, al toro y al torero, dejándonos sólo frente al asombro de las desapariciones que los ángeles contemplan en las intimidades de las galaxias, jugando al guá con sus agujeros negros.

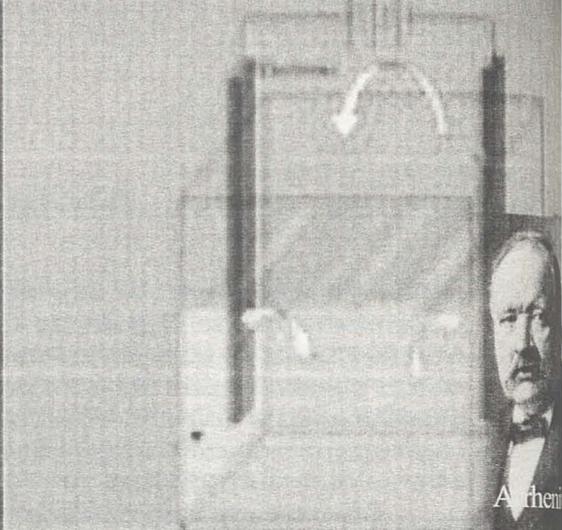
Polniuman Rodríguez, soldado del treinta regimiento de Artillería, soltero y natural de Villarrubia de Uclés, se quedó sin resuello cuando advirtió que le habían decapitado. ¡Hostia!, exclamó mirando, desde el suelo, su cuerpo que aún permanecía en pie. ¡Hostia!, volvió a decir sin dar crédito a sus ojos. Polniuman Rodríguez, soldado raso del treinta regimiento de Artillería, meaba más largo y caudaloso que nadie. En Navidad, bien mamado de cerveza, meó, batiendo su propio record, en largo y pasados, diecisiete metros, con calle llana y sin pendiente. Ni él ni el resto de los servidores de la pieza, tuvieron

tiempo de reaccionar. La explosión les desparramó por las inmediaciones. El guirigay fue espantoso. Al llegar los enfermeros al cuerpo de Polniuman Rodríguez, aún en pie, observaron un chorrillo por bajo del pantalón, un chorrillo igual a un renglón del héroe sin medalla. Al recoger su cabeza, en un murmullo apenas inteligible, acertaron a escuchar: ¡Hostia!

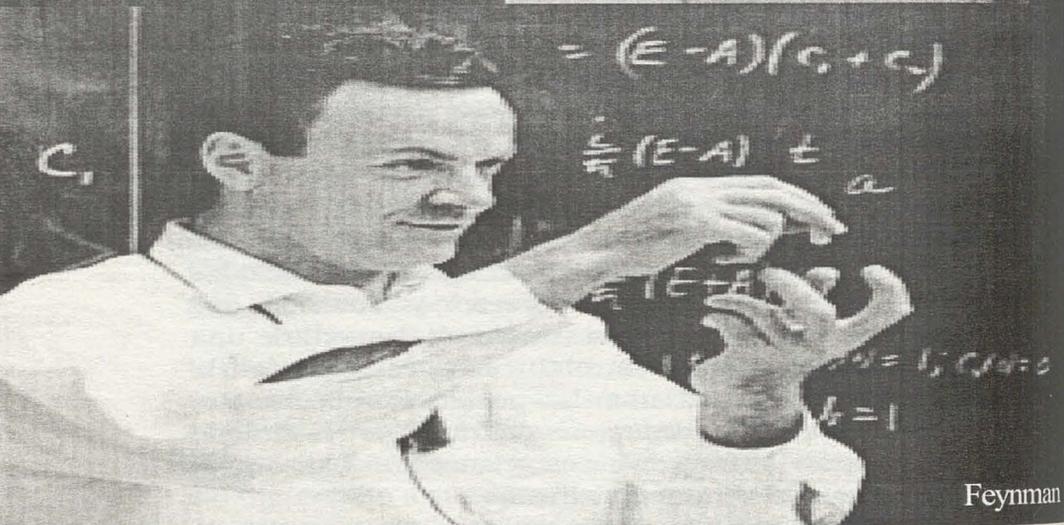
El romántico adolescente, Rosaliodecastro Guzmán, soñaba, un día sí y otro también, que era una golondrina. Y como le gustaba el sueño se iba a la cama a las ocho o las nueve de la tarde. Cerraba los ojos y enseñada le nacían las alas y el pico y las plumas y allá que iba volando y volando en busca de una pajilla de cereal o un trocito de tela y lo iba colocando en el nido con paciencia y tenacidad, con decoro y artesanía. Lo peor eran los despertares y volver a la rutina cotidiana como un joven fantasioso y algo perdido. Luego, a las ocho o las nueve, volvía a ser quien quería ser. Y así ocurrió lo que ocurrió. Cuando sus padres fueron a despertarle una mañana, Rosaliodecastro Guzmán, ni estaba en la cama, ni en su casa, ni en su pueblo. Rosaliodecastro piaba sobre las verdes aguas del río Níger, esperando que pasaran los fríos de las estaciones frías bajo las cálidas lunas del continente africano.



Haber



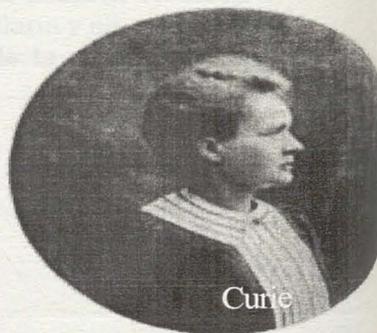
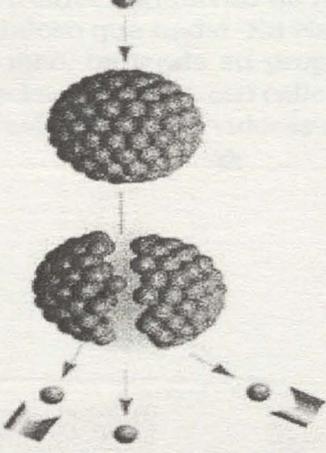
A. then



Feynman



Rutherford



Curie

Marie Curie

María José Vioque Lorenzo

Mi casa en San Justo tiene,

El Exterior.

VI

La fachada

Aquella agrietada fachada
suspiraba en primavera
por rehabilitar sus oquedades
morada de vencejos y golondrinas.

Aquella agrietada fachada
plañía en invierno
por cada paloma
atrapada en sus plácidos huecos.

Aquella fachada
aún se mantiene en pie.

VII

El tejado

Observatorio de estrellas y cometas
goteras de luces,
rayos de sol.

Orden perfecto
Tejas rotas
sin canalón

Asiento del musgo
soportando el tiempo.

VIII

El portal

Angosto, frío,
corredor de silencio
de maderas vetustas y trasteros
demasiados buzones.

Portal sin portero
¡atrévete a pasar!

IX

Las escaleras

Sibilinas al bajar
escurridizas al subir
ruido acompasado
en el crujiir de cada peldaño.

Recorrido irregular
en cada planta
roces de cal,
 sonata al subir,
 sonata al bajar.

X

Las vistas

Vistas desde mi interior
sostenido por el palacio de Amusco.

Árboles, escaleras de granito y piedra.
Bullir de visitantes
Catedral, torres, tejados y azoteas.
Geometría toledana.

XI

El patio

¡Cuántas siestas y
fiestas estivales tuvimos!
alrededor de una mesa,
coja y reciclada,
Con recio pozo
acechando nuestras conversaciones
sin resultado.

Jazmines, geranios,
sillas de mimbre
guirnaldas y farolillos
cenador social.



Juan de la Cierva

Enrique Galindo

El siguiente

A las nueve comienza la consulta. Con la sala de espera rebosante, nombro al primero de la lista: Antonio García Pérez. La doctora esmera su paciencia sin el primer café. Le duele la garganta, pero no muestra signos de rojez ni inflamación. *¿Cómo se encuentra usted doctora?, ¿y su marido; y los hijos? De nada.* Le receta Paracetamol, un gramo, cuando sienta dolor, y saluda su despedida.

Tres cuartos de hora, no más, llamo al siguiente y atiendo al hecho de que su nombre es Antonio G. Pérez. La facultativa se sorprende al verlo cerrar la puerta: *Pero, ¿qué hace todavía aquí?, ¿qué le ocurre? La espalda ¿sabe? El lumbago ese. Me lo tuvo que decir antes, quítese la gabardina y súbase la camisa.*

Tras la palpación reglamentaria le dictó antiinflamatorios y lo despidió, no sin antes responder un *Bien, gracias, todos bien, si yo también.*

Pasadas las 11:31 horas, con un tiempo indefinido de retraso y sin café por el momento, paso al que sigue en la lista de citas, y: Antonio García P. Reconozco por el rabillo del ojo su figura de pies culebra y gabardina amarilla introduciéndose en el despacho. Escucho por la puerta entreabierta, aunque sé que no es apropiado. La doctora está irritada: *¿Y ahora qué le pasa?, ¿Le ha atropellado un camello cuando salía, o le han salido setas en la espalda?*

Tengo tos, mucha tos.

¿Y le da muy a menudo?

No solo cuando toso.

Ya; y me va a decir que le ha empezado después de irse a su casa, ¿no?

No, a mi casa no he ido, me quede esperando a mi siguiente cita.

O sea: por lo que veo, usted ha pedido ya cita previa para varios momentos de la mañana, ¿no es así?

No, solo para cuatro citas. Es que si me voy, luego no me dan para el mismo día.

Pues ahora quiero que me cuente porque pide para varias veces en lugar de contarme todo en la misma visita.

El hombre, de la gabardina raída y pies culebra le contó que ella, la doctora, era tan buena, y él tan pesado y con tantos problemas en su cuerpecito de sesenta y seis años y tiempo por delante, que pensó lo mejor para molestarla lo menos posible y es que lo viera por partes, así no se cansaría de un chequeo completo y, añadió, si alguna cosa (dolor, fiebre, rigidez, ...) no tenía en ese

instante, seguro que antes del final del la mañana se le presentaría.

Bien, comprendo, dijo la médica. Después me llamó y me dio instrucciones: A Antonio le vas dar cita, desde mañana, y a lo largo de la semana a todas las horas en punto. Lo haré pasar en su momento y le haré salir sin atenderlo, y como falle a alguna de las citas, lo ingresaré en el hospital con la primera enfermedad que me invente.

Vi a Antonio salir zigzagueando, y hasta diría que la mueca de su cara era media sonrisa.

T P L

La Sala fuertemente iluminada. Una diapositiva en la pantalla plasma un mar de libros en infinito caos. Las sillas, diez, dispuestas en «U». Una de ellas separada, junto a un ordenador portátil y su mesita, ocupada por el terapeuta. En la pizarra blanca tres grandes letras mayúsculas «TLP». Los ojos de los asientos se pegan a mí, escaneándome; al menos eso es lo que pienso. El dirigente de este grupo me exhibe a los demás, después me presento yo y a continuación se nombran las demás sillas. *¿También asistirán obligados?*

Comienza la rueda con una consigna del padre de la reunión:

-¿Cómo me siento hoy?

Tras largos segundos, uno a uno, los asistentes narran su experiencia. El que me precede por la derecha nos cuenta que no resiste más, que es superior a sus fuerzas, que tiene que recurrir a la medicación para aguantar. Mi turno. No se que expresar. Me produce vergüenza decirlo en público, aunque sea a otros como yo. Nunca tuve noción de mal en lo que hacía. *El patriarca* me ayuda:

-Cuéntanos que te hace sufrir.

-Yo sufro... Yo sufro... porque tengo que leer a escondidas -me parece ver ojos que se bajan al suelo- ¿Vergüenza, propia, ajena? No se -Ya está, lo he dicho.

-No te hemos entendido -dice el terapeuta mirando a la audiencia-. ¿Puedes aclararlo.

-Yo leo. Libros -aclaro-.

-Bien, bien, bien, ¿lo ves? Has sido capaz de exponerlo. Ellos también un día lo hicieron -y dirigiéndose al círculo les retó-. ¿Os atrevéis?

Como una cadena que se va pisando los eslabones se suceden los *Yo leí; he aprendido a no hacerlo; me estoy quitando; mi pecado fue grande, pero mi perdón es más; yo aún recurro a ello y me avergüenzo.*

El director interviene al final.

-¿Lo ves? Este es tu lugar. En tres meses habrás superado tu problema y serás firme candidato a la reinserción en la nueva sociedad tecnológica. Con un poco más habrás olvidado la existencia de los libros, aunque es verdad que la legislación y las fuerzas de seguridad aumentan su eficacia y cada día se hace más

difícil su acceso a ellos fuera de los museos.

Una parte de mi se abre a la esperanza al escuchar estas palabras, pero otra, la rebelde, se hunde en la sinrazón. Yo no pretendo ir contra la nueva sociedad, tan solo disfrutar de un buen libro con la frecuencia que lo suelo hacer, o sea, a diario. Pero el psiquiatra fue tajante en su diagnóstico, pronunciado con la maza de la sentencia: *Trastorno de Personalidad Lectora. Tratamiento individual y de grupo al menos seis meses. Informes mensuales.*

30 Facturas

Llegó otra factura. Ya son treinta. La presente rizó el rizo y corresponde al *Ritz*, París, 15 Place Vendôme. Ha rayado lo rayable. Una cosa es una cosa, pero cachondearse del pelo de uno es otra. Nosotros no subvencionamos viajes intereuropeos de nadie y menos de un trastornado mental demasiado listo, aunque los doctores le pongan la etiquetita de *pacientes*. Para paciencia la mía, que ya me ha volado.

Pedro Marín Fernández se halla bajo la guarda y custodia de esta institución cuya función prioritaria es la de atender a los que han perdido el camino entre bosques neuronales. Fue; es, atendido para ayudarle a ver

luz a final del túnel y que ordene los paisajes del puzzle de su mente. Ahora, tras tres tristes años parece que ha decidido coleccionar paisajes urbanistas de las principales ciudades del rancio continente. Después de una permanencia adaptada y exenta de discordias, hace tres tristes meses que vieron la puerta entornada, el celador había salido a fumar su cigarro de las once, y Pedro dejaba en el patio un espacio de transparencia que iba llenando el aire poco a poco. Nadie supo nada. Las fuerzas de seguridad, las del estado, tampoco detectaron su presencia.

Primera pista: una factura originada en el Hotel *Arts*, de Barcelona. Correcta en forma, con datos de la gerencia del Hotel y el CIF de esta Unidad de Atención Especial a la Salud Mental, a la que nos cargaban cinco días de estancia a pensión completa, sin olvidar extras. Siguió el mismo *modus operandi* en el Hostal *Dos Reis Católicos*, Santiago de Compostela. Fue el comienzo de las reclamaciones. Salió de la Península y trazó en el mapa el itinerario turístico Milán-Roma-Venecia-Viena-Berlín-Munich-Oslo-San Petersburgo-Moscú. Trajes, restaurantes y museos también cargaron sus minutas. El teléfono de centralita siguió los rastros de las entidades acreedoras y testificó que, por los lugares objeto del tour, pasó el ilustre Doctor D. Pedro de Marín y Fernández, caballero educadísimo, atento, noble y toda una eminencia en psiquiatría.

El montante de la deuda, en mi mesa de administrador jefe, incluida la número treinta de esta mañana es de cincuenta mil ochocientos treinta y siete euros. El listón del cabreo, asciende a sesenta y cinco broncas repartidas entre mis superiores, el celador, guardia de seguridad, psiquiatras y auxiliares varios, y treinta y dos denuncias por estafa. Seguimos enviando correos electrónicos a todos los hoteles de cinco estrellas que encontramos en Europa, pero tememos que se pase a los de cuatro, o peor, que cambie de continente. La Consejería de Sanidad a fecha de hoy no sabe, no contesta. Seguiremos a la espera.



Peter Debye



Fred Hoyle



Otto Wallach



José de Echegaray



Miguel de Guzmán



Lluís Antoni Santaló

Lola López Díaz

Pater noster

I

- Don Lope, ha sido un niño.
- Bien, María, diga a Dimas que vaya a avisar.
- Como usted mande, don Lope.

- Vengo a ver al señor cura.
- No sé si podrá recibirte.
- Dígale que soy hermano de la Julia, ya verá como puede.
- Don Claudio, aquí hay un mozo que...
- Que pase, que pase.
- Ha sido niño.
- ¿Y?

68

-Pues que usted cumple o...
-Haré lo acordado, nada más. Ya sabe tu padre con quién tiene que hablar.

* * *

-Doña Ernestina, ha sido un niño.
-¿Se lo has dicho al señorito Alfonso?
-No, señora, no se ha levantado todavía.
-Bueno, bueno, pues ya sabes lo que hay que hacer.
-Si, señora.

* * *

-Mi coronel, ha sido un niño.
-Yo no quiere saber nada, encárgate tú.
-¿Entonces voy yo a avisar?
- ¿No me has oído? Haz lo que haya que hacer y a mi mantenme al margen.

II

Desde que acabara la guerra, Aquilino Bonafonte se había convertido en la comidilla del pueblo. Su casa, que era una de las peores, estaba como nueva de lo

que la había arreglado; la Benita, su madre, se había comprado un abrigo; y él hasta parecía que cojeaba menos. Porque Aquilino se había quedado cojo de chico. Una caída desde lo alto de un carro cargado de mies. Lo curaron como Dios les dio a entender. Y quedó mal. La cojera le había dejado en clara desventaja con respecto a los muchachos de su edad. Para el trabajo y para otras muchas cosas. Que ni novia había tenido. Las mozas no querían cortejar con él. Bastantes calamidades padecían los sanos, como para casarse con un tullido. Así que se quedó soltero, en casa de sus padres. Su padre era portugués. Llegó con una peonada, conoció a la Benita y nunca se volvió a marchar. Era buen trabajador, toda la vida al servicio del Señor Marqués. Murió pocos años después del accidente de Aquilino. Y se quedaron la madre y el hijo solos. A verlas venir. Aunque donde el Señor Marqués siempre le daban algún trabajillo. Y de la Benita, cuando hacía falta, también se acordaban. Lo mismo para lavar ropa que para coser que para ayudar en la cooina. O para ir al campo si se terciaba.

Un día lo llamaron de la Casa y lo recibió el Señor Marqués en persona. «Aquilino -le dijo- te he mandado llamar porque necesito un hombre de confianza, un hombre que sepa guardar secretos. ¿Tú sabes guardar secretos. Aquilino? He pensado en ti -le dijo- por la memoria que tengo de tu padre, que siempre me fue leal, y porque no creo que te venga mal ganar algún dinero. Mira, Aquilino, -le dijo- tú estás solo, soltero, no tienes a nadie detrás de ti. Nadie que pudiera salir perjudicado,

y tienes la ocasión de beneficiarte de la generosidad de alguien que se encuentra en una situación delicada. Y que requiere total discreción. Por eso he pensado en ti. Ni a tu madre has de decírselo. No te asustes, no voy a pedirte nada criminal. Ni peligroso. Y mi amigo sabrá corresponder, no lo dudes. Ahora, que si no quieres, no tienes más que decirlo, no resultara difícil encontrar a otro.»

Aquilino respondió que el Señor Marqués sabía que podía disponer de su persona como quisiera. Que se sentía muy honrado de que el Señor Marqués hubiera pensado en él. Y que descuidara el amigo del Señor Marqués, que Aquilino Bonafonte sabía estar callado. Así que una noche fue un desconocido a buscarlo. A las afueras del pueblo les esperaba un coche. Al atardecer del día siguiente estaba de vuelta. Su madre no le preguntó nada. Él se limitó a entregarle el dinero. Al poco tiempo, llegó otro desconocido. Y luego otro. Y otro. Siempre era igual. Le llevaban a la capital o a otro pueblo, firmaba y emprendían el regreso. Luego la cosa se fue espaciando, aunque de vez en cuando aparecía alguien, a escondidas, a buscarlo. En el pueblo nunca se enteraron. Y la Benita jamás le preguntó. Se limitaba a guardar el dinero. Y a administrarlo con mucho tiento para que no sospecharan. Y para que les durara. Que aunque no les libró de pasar penalidades, sí les ayudó a sobrellevarlas.

III

-Yo me he alistado voluntario. Quería cambiar de vida, conocer gente, no sé... Yo... yo he vivido siempre en una finca de mi abuelo, completamente aislado. Con Dimas y María, los guardeses. Y con don Tomé, un dominico que venía a darme clase tres veces por semana. Dimas fue asistente de mi abuelo en la guerra de Cuba. Al volver de la guerra, se casó con María, que era doncella de mi madre, y mi abuelo los mandó a La Jaramilla, que así se llama la finca. Yo nací allí y, como mi madre murió en el parto, allí me quedé. Tampoco conocí a mi padre. Según me han contado, al morir mi madre se fue a América y murió allí de unas fiebres. En América tengo también un tío, hermano de mi madre, que de vez en cuando me escribe. Es la única persona de la familia con la que trato porque a mi abuelo apenas lo veo. Y de la familia de mi padre no tengo ni idea. Hace poco recibí una carta de mi tía en la que dice que mi madre no está muerta, que mi abuelo la debè tener recluida en algún sitio, que ya soy mayor, que haga el favor de enterarme. No sé qué pensar.

Yo también soy voluntario. Estaba harto de aguantar a mis tíos. Por eso me he alistado. A ver si saco algo en limpio de todo esto y puedo llevarme a mi madre lejos de su familia. A mi padre no lo conocí. Dice mi madre que se murió antes de que pudiera casarse con ella. Y que tengo mucha suerte, dice, porque le dio tiempo a reconocirme.

Igual que a mí. Pero mi madre se ha casado con otro y a su marido no le gusta tenerme cerca. Así que vivo con mis abuelos. Tengo tres medio hermanos, pero los veo muy poco. A mi madre también la veo poco. Cuando era pequeño, de vez en cuando, me llevaban a una especie de palacio a visitar a una señora muy buena. Doña Ernestina se llamaba. Pero hace mucho tiempo que no me han vuelto a llamar. Igual se ha muerto.

Yo siempre he estado interno. No he conocido a mis padres. Ni a nadie. Sólo a mi tutor. En vacaciones voy a su casa, con su familia. Pero no me gusta. No me gustan sus hijos, ni su mujer. Ni como me miran. Ni como me tratan. Cuando estalló la guerra vi el cielo abierto. Por eso me alisté. Para perderlos de vista. A ellos y a todo lo demás. Y os digo que aquí hay algo raro, que son demasiadas casualidades.

-¿Por qué demasiadas casualidades? En el Batallón hay muchos que se apellidan igual.

-Sí, muchos Pérez y García y Martínez. Pero Bonafonte no es un apellido de éstos.

-Y el nombre. No es normal que tengamos los cuatro semejante nombre.

-Y ninguno tenemos padre.

-Di mejor que ninguno hemos conocido a nuestro padre.

-Y todos somos de por la misma comarca.

-Pues sí que es casualidad.

-No. No es casualidad.

-¡No irás a decir que somos hermanos!

-No.

-¿Entonces?

-No lo sé. Lo que sí sé es que no es casualidad. Y lo que también sé es que mi tutor tiene que estar en el ajo.

-¿Y Dimas y María también?

-¿Por qué no se lo preguntas?

-Porque no dirán nada. Nunca dicen nada. No se atreven a desobedecer a mi abuelo. Ni las cartas de mi tío me daban, que las tenían escondidas. Hasta que las encontré yo un día. Que tampoco entiendo por qué no las rompieron si no querían que yo las viera. Después ya, como no había remedio... Pero me hicieron jurar y rejurar que no le contaría nada a mi abuelo.

-Yo sí se lo puedo preguntar a mi madre.

-Y yo a la mía, aunque no creo que le haga ninguna gracia.

-¡Mira que si somos hermanos!

-Y lo mismo tenemos más.

-Sí, hombre, ¡todos los Bonafonte de España!

IV

Desde el comienzo de la Cruzada, Aquilino se pasaba las noches dándole vueltas a la cabeza. Se le iban las horas haciendo cálculos y siempre le salía que sí, que algunos ya tenían edad, que era muy posible que los hubieran reclutado. Quizá estuvieran en el Frente. Incluso alguno podía haber muerto ya. Y ese pensamiento le producía un desasosiego y una pena que no le deja-

ban dormir. A él la guerra no le había afectado. Al contrario. Como casi todos los hombres se habían tenido que ir, él no daba abasto. En la Casa había mucho trabajo. Entraba y salía mucha gente importante y al Señor Marqués le gustaba que todo estuviera a punto. Como siempre. Y había que atender el campo y a los animales. Además, el Señor Marqués le volvió a distinguir con su confianza y más de una vez le puso al servicio de algún huésped con el encargo de que tuviera los ojos y los oídos bien abiertos. «Eres cojo, Aquilino, -le había dicho- pero no eres ni ciego ni sordo, así que estáte bien atento y luego me lo cuentas todo.» Un día oyó comentar que un amigo del Señor Marqués, un tal don Lope, se había suicidado descerranjándose un tiro en la sien. Nadie se explicaba tamaña flaqueza en un hombre de su temple y de su poder. Se aventuraron las mas variadas hipótesis. El Señor Marqués cortó la discusión diciendo que seguramente no habría podido soportar la muerte de nieto en Brunete. Ninguno de los asistentes sabía que don Lope tuviera un nieto, pero el Señor Marqués no quiso dar más explicaciones. A Aquilino se le heló la sangre en las venas.

V

Distinguido abuelo:

Perdone el atrevimiento de escribirle, no es mi intención faltarle al respeto ni disgustarle, pero la cercanía

del combate y el estado de zozobra en que me encuentro me infunden el valor necesario para descargar mi conciencia con usted. Últimamente no dejo de preguntarme el porqué de la vida tan triste y tan rara que he llevado, alejado de todos, como si fuera un apestado. Tampoco dejo de preguntarme si debo creer lo que me han contado acerca de mis padres. Porque ha de saber que en mi batallón hay otros tres mozos que tienen mi mismo nombre y apellido. Mejor dicho, había, porque dos de ellos han caído ya, Dios les tenga en su gloria. También quiero que sepa que durante estos años he mantenido correspondencia con su hijo de usted, mi tío Federlco. No les culpe a Dimas y María, ellos le han obedecido siempre, pero no pudieron evitar que yo me hiciera con las cartas. Si salgo de ésta, le ruego a usted que tenga a bien decirme quién soy y me ayude a buscar a mi madre, pues mi corazón me dice que sigue viva y que está en un lugar que sólo usted conoce. De nuevo le ruego disculpe mi atrevimiento, pero debe comprender que no puedo seguir viviendo así.

Espero y deseo que al recibo de ésta se encuentre usted bien. Suyo afectísimo, su nieto.

Aquilino

VI

Al poco de acabar la guerra, se presentó un día el cartero en casa de Aquilino portando un sobre oficial. Paralizado por el terror y con enorme dificultad, Aquilino alcanzó a leer la notificación de que le correspondía

cobrar una pensión por la muerte de su hijo Aquilino Bonafonte Montesinos, caído heroicamente en combate. Aquilino y Benita se apresuraron a esconder la carta y se echaron a temblar. A los pocos días, el cartero se presentó con otra carta igual. Esta vez el muerto era Aquilino Bonafonte Sánchez. Y aún dos veces más se presentó el cartero notificándole el derecho a cobrar pensión por sus hijos Aquilino Bonafonte Montes de Oca y Aquilino Bonafonte Espinosa, muertos también en acto de servicio. «Vete a la Casa y cuéntaselo al Señor Marqués». concluyó la Benita después de muchas noches en blanco. Aquilino obedeció a su madre y se presentó, azoradísimo, ante el Señor Marqués, con las cuatro cartas. Cuando el Señor Marqués las leyó, le dio una palmada en la espalda y riéndose a carcajadas le dijo: «tienes suerte, Aquilino, mucha suerte. Vas a cobrar cuatro pensiones al mes. Vas a ser rico. Aquilino. Y todo gracias a mí, espero que no lo olvides.» Y vuelta a reír. Aquilino entonces, armándose de valor, se atrevió a preguntar si podía gastarse aquel dinero, si no importaba que la gente se enterara. Y el Señor Marqués que sí, que se lo gastara, que había pasado mucho tiempo, que no se preocupara. «Dios sabe qué habrá sido de las familias después de la guerra -le dijo. Además, ese dinero es tuyo, te corresponde.» El Señor Marqués dejó de reírse y se puso serio. «Gracias a ti -le dijo esos hombres no fueron hijos de padre desconocido. Tú les diste un apellido que borraba su origen. Un origen horrendo, puedes creerme. Tú les libraste de la ignominia, Aquilino. Así que sí, pue-

des gastarte tranquilamente el dinero, es completamente legal, no tienes nada que temer.»

De ahí a convertirse en la comidilla del pueblo sólo medió el tiempo que tardó Aquilino en comenzar a disfrutar de su nuevo estado. Lo primero, un abrigo para su madre; luego, el tejado, que era una pura gotera; y, por fin, unos zapatos ortopédicos que le hicieron en la capital. Y también una radio. La gente no paraba de hablar: que si les había tocado la lotería; que si hacían estraperlo; que si habían encontrado un tesoro durante la guerra; que si habían robado a los rojos; que si esto, que si lo otro... Pero a nadie, ni siquiera a los más chismosos y maldicientes, se le ocurrió pensar que Aquilino estaba recogiendo el fruto de su paternidad. A nadie se le ocurrió pensar que, durante muchos años, Aquilino había sido el padre legítimo de todos los niños inconvenientes de la comarca. Eso ni el propio Aquilino lo había tenido nunca demasiado claro. Hasta que el Señor Marqués le dijo lo de la ignominia y lo del origen horrendo. Que aunque no sabía bien lo que querían decir tales palabras, sí entendió que podía sentirse orgulloso de haber librado a todas aquellas criaturas de semejantes calamidades. Por eso no le importaban las habladurías. Lo que sí le importaba eran sus hijos muertos en la flor de la edad. Hubiera renunciado con gusto a las pensiones porque siguieran vivos. También pensaba en los demás, en todos a los que había reconocido como suyos.

Su madre no paraba de repetirle que *hijo ajeno brasa en el seno*, y que *más mató el cavilar que ayunar o*

trasnochar y que *molinillo, molinillo ¡si te viese yo casadillo!*, que andaba la Benita pesarosa porque se iba a quedar muy solo cuando ella muriera. Quería verlo recogido. Además, la actitud de las mujeres hacia él había cambiado por completo. Había pocos hombres después de la guerra y Aquilino, entre una cosa y otra, se había convertido en un buen partido. Pero él no estaba por la labor. Se le había pasado la edad. Y otras muchas cosas. Había sufrido demasiado por culpa de las hembras. Siempre le habían tratado a zapatazos. Y ahora que le ponían buena cara, a él no le daba la gana. No señor. Lo que él quería era buscar a sus hijos. Eso era lo que él quería. Buscarlos. Conocerlos. Ayudarlos. Estaba preocupado por ellos. Quizá alguno lo necesitara. Se sentía responsable, no lo podía remediar. Al fin y al cabo él era su padre. Los papeles lo decían. Un padre mucho más verdadero que los hombres que los habían engendrado.



Paco Morata

octubre

volverás en otoño
cuando diluya el tiempo lectivo la dulzura
del mosto en los cuadernos
y en alta desbandada
pespunteen su augurio las aves migratorias

cuando decline el sol con un puñal de cierzo
sobre la espalda abierta del páramo rendido
y un viento desairado marchite con su aliento
de cobre la arboleda

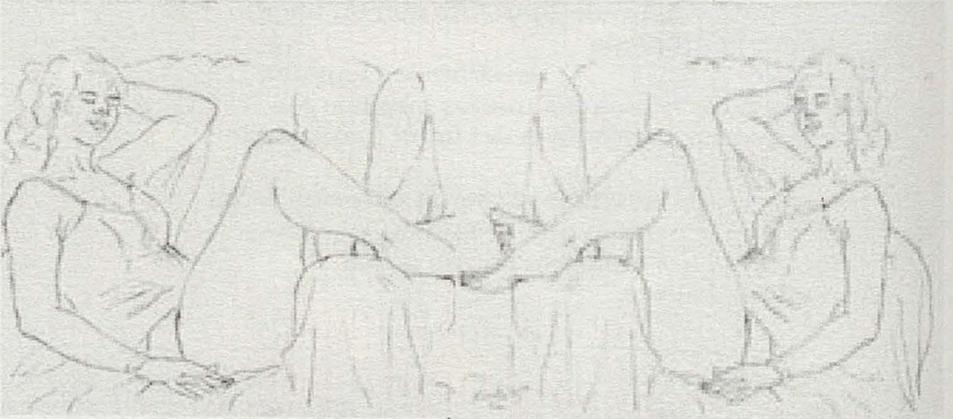
arrebate las lenguas
devotas a las ramas las manos suplicantes
que imploran la promesa del agua inaplazable

cuando la piel se enfríe y pierda el sentimiento
el impulso artesiano que desató en las venas
el olor de la luz instilada en tus poros
de tostada belleza

Paco Morata

se despidan las noches
al raso con la misma congoja que los cuerpos
desnudos se retiran del resplandor marino
al h6spito aposento de la ropa de invierno

y compungida venga la mar a devolverte
el habitable azul que en pr6stamo tus ojos
en mayo le entregaron



María Antonia Ricas

desde el puente

La obra de Pablo Sanguino habla en diferentes idiomas... El amor, las despedidas, la melancolía o el gozo son sólo un pretexto.

Tres platos de la serie Pájaros

I

El gesto me nace de una arteria
que pregunta por qué no me miras.

Soy de la tierra donde los nidos
se poseionan del corazón
urgente, y no voy a cambiar.

Salgo
furiosa por no saber tenderme
a tu mirada, matiz violeta
del semicírculo bajo el ojo.

No me dejas mirarte, nunca, nada,
no, no,

pero de mi sangre interminable
surgen los diez dedos voladores,
surge arcilla o la ceguera que oye
el miedo: como una bestia va
hacia ti para morderlo, pájaro
con dientes, vuelo cruzando el ansia.

Picotea el negar y lo daña
hasta amarte.

II

Pájaro transido ajeno al mundo,
pequeño arbusto acechado de agua.

Cuánta sed, cuánta, es tantísima
que me doy en la frente con el plato
y lo muerdo por si dulce hubiera
ese regalo, sonrisa tuya
lejos.

Absurdamente
enamorada lejos te miro, fuera
del mundo.

Acaecen los crímenes, locas
noticias
-qué peligrosa es la primavera
para la soledad-

y si me vieras con esta fuerza
ajena a todo, pájara ajena,
un aliso imposible ahogado
de agua. Cuánta, cuánta es la sed, cuánto
cielo en tus ojos para volar,
qué lejos.

III

Si fuera hierba y tú la tibieza
del agua oscura. Todo mi cuerpo:
movimiento del tornasol del verde
hacia la gruesa gota exquisita
de índigo que tu labio me muestra.

Si aprendiera a volar y tuviera
el aire amarillo de tu rostro,
me dirigiera como un instinto
o dardo en la atmósfera
del planeta donde morirá ¿qué
palabra es palabra sino abrazo?

Y fuera por los arcos del puente
y viniera trayéndote briznas
rojas de los que enseñan heridas
igual que el sabor de las granadas.

Si esa palabra mía vidriara
pedazos de comida del plato,

o tus secretos fibrosos o
aprendiera a volar y del nido
del miedo empujara huevecillos
tristes como hace el cuco.

Y fuese verde en ti, deslizara
mi cabeza y mi vientre y mi sexo
al agua del añil amoroso.

Y me cruzara, me detuviera
en el instante de recibirme,
de incorporarme en ti, de perder
todo.

Platos y bandejas de la serie Puente

I LOS ROSTROS

Si me nacen crías de gato
en el cobijo del alféizar
pensaré en la melancolía
que pule estas arcillas donde
me reflejo:

breves bolitas
todavía ciegas, ajenas,

pura necesidad, tiránicas
demandadoras del instinto.

No da tiempo a imaginar gestos
distantes, apesadumbrados
y con un cierto misterio bello
en el trazo de su mirada.

Los rostros. Las renunciadas.

Oigo
el pequeñísimo gemido;
es tan rotundo que podría
agrietar los diques del mar
de la tristeza y todo en sal
se alzara,

y nada el pensamiento,

nada sentir,

sólo Zoé,

y sólo sola.

II COLORES

Cobalto

Ahora se despejan las nubes.
Un aire frío, con los últimos
gatos de hielo.

Continúo
pidiéndote:
mírame.
Si supiera tocarte, mayo
desnudaría su sexo azul
-como Krishna con Rhada, ansiando
ella, él dibujando una música-,

mayo lo mancharía todo,
tinta, casi escritura tuya
pronunciando
Nairamarina.

Lo mancharía todo: gozo,
-por fin si me miras y puedo
tocarte- más gozo, más dios
zarco, vinoso dulce,
ebrio de ti y de mí.

Y desnudaría mi sexo.

Estoy hecha de la flor de acacia,
mánchame el blanco,
sumérgeme.

Antimonio

Melancólico bordear
de ajenos signos donde nunca
te besan, donde siempre son
los otros quienes se envenenan
de sonrisas, de pulpas ar-
dientes como frutas en islas
cegadas.

Una transparencia amarilla
de envidia lenta y de maneras
elegantes al renunciar
a una muerte transida en gozo,
el único aniquilamiento
que florece.

Ciertos trazos delatan, ciertos
bordes de ausencia, bordes lisos
a fuerza de sal.

En el amarillo no se oyen
gritos. Suele ser silenciosa
esta actitud: vivir aparte,
residir en la orilla.

Cobre

Si marca el óvalo de los rostros
que permanecen en la pregunta
sin descanso, distantes de tanto
caer, mayo viene demasiado
cálido y desmenuza la piel
de los puentes y se balancea
en la enloquecida indiferencia
de los vencejos.

En mejillas distintas se intuye:
sólo es un trazo, sólo un vestigio
del tiempo ocupado por la savia
voraz de las caricias, un rastro
de abanicos carnívoros, cloro-
fila espesa dentro de la boca
cuando nos besábamos y nunca
acababa la humedad y nunca
necesite conocer tu nombre.

Y las cejas, o la nariz de otras
caras son eso, verdes, son carne
de lo que crece entre la alegría
y el quebranto, son de verdinosa
despedida,
más que semblantes, el recorrido
de las orugas intoxicadas
por los álamos.

En esa muda presencia mayo
acaece con su verdadera
respuesta.
No tiene palabras. Los vencejos
se envician también de un vuelo verde.

Manganeso

Desvió la mirada en la tarde
de las separaciones. Propongo
a la temperatura que mueve
el pelo de la siesta canciones
viejísimas de no atormentarse.

Queda poco en el dibujo. Vuelvo
al negro, no como señales
de la pena sino que el perfil
oscuro apetece, finas líneas
marcando lo importante, silencio.

Por una vez quiero apaciguar
eso que vendrá seguro y filo
y adiós y vaciado y ausencia.

Lenta paso el dedo por el ángulo
del instante. Así el tiempo claudica.
Así está tranquila la mirada.

Y, más allá, una sutil destreza
en el movimiento de muñeca
que el ceramista refina para
atrapar golondrinas
en los ojos del Puente.

III SUPERFICIES

¿Qué pájaro habita en la alisada
textura de la melancolía?

El brillo
toma el recuerdo de un vaso blanco
de la infancia, una temperatura
blanca, muy tersa, apenas con nidos
que el pájaro feliz fue dejando.

Contrasta con el brillo del hielo,
con la parte blanca del grabado
(o gris)
del ángel. Dürero conocía
el modo de escapar de los niños.

Paso la mano sobre el presente
de la transparencia, y delicados
fantasmas y pastelitos para
las bandejas de la fiesta en junio...

Paso la mano por el instante
que el tiempo respeta aleteando
como un pájaro.

Después caerá el blanco
y se hará añicos.

Le diré a Pablo que guarde arcilla
y cristal
y el agua
y un exquisito tacto

porque
vienen días de pájaros yéndose,
de blancogrisés ángeles sin
sueño.

Sargas

I

La urdimbre del lienzo devora
cualquier argumento apacible.
En la mañana de verano,
detrás de los rostros, de sedas,
de las columnas de mosquitos,
un viejo dolor se reúne
con las sombras: trama otra vez
sobre la ciudad su tormento,
sobre la ciudad, la tristeza
de historias enquistadas entre
las soldaduras de las piedras.

II

En la lluvia la mano sabe
llevar el olor a humedad
hasta las cajas de huesos,
desechadas cajas de música
donde están plegadas palabras
olvidadizas. Hace tiempo
que no escucho danzar a niñas
envenenando el aire tibio
con su melodía de gestos
de amor. Hace tiempo de toda
la ternura.

La mano mojada, la mano
grande separando a la lluvia
de los augurios, a la lluvia
de por qué ya no me deseas,
por qué me he convertido en invi-
sible.

Esta lluvia de mayo forma
regueritos que cruzan bajo
las despedidas y alcanzan
cimientos con cajas de música,
con huesos verdes de la pena.

Hay niñas fantasmas mojadas
jugando con rótulas. Dan
a los cristales y detienen
el día. Y aplacan el polvo.

III

Apesadumbrada extrañeza,
después se remansa en su viejo
secreto de estar al margen,
de estar alejado del triunfo
o del futuro. Hombre callado,
hombre que podría ser una
mujer, un oso de los bosques
agotando la precisión
de las abejas, la mujer

herida, el hombre golpeando
su frente contra los metales.

Sutil, lenta la mano. El dedo
índice quizá marca el tramo
del espanto o quizá mirar
nos deja sin palabras y hay
que meter la uña entre los labios
y arrancar palabras de sangre...

O, tal vez, el hombre pregunta
o es la mujer quien se ha llevado
látigos a la espalda. Calla
la extrañeza.
Callan en la piedra de atrás
los signos. Repiten constancias
del destierro
y callan.

IV

La piel es transparente, piel
de carne cruzada por viento.

Trazo fino porque la piel
de carne carece de lastre,
porque la carne sólo es sombra,
porque el tejido que reviste
la piel trama un cuerpo soñado,

entela,
cubre, da volumen, sostiene.

Cuerpo invisible con sus labios,
con su gesto,
con su quebrantada postura.

Carne de cuerpo para ser
tocada, rescatada desde
su desconocimiento
y capturada para ser
amada.

Transparencia de piel que trae
un deseo.

V

Azul de sarga o bermellón
con sienas.

Como se dispone
Pablo a la soledad
de su brazo ordenando tarros,
su ojo en el perfil de un objeto
cercano a la revelación,

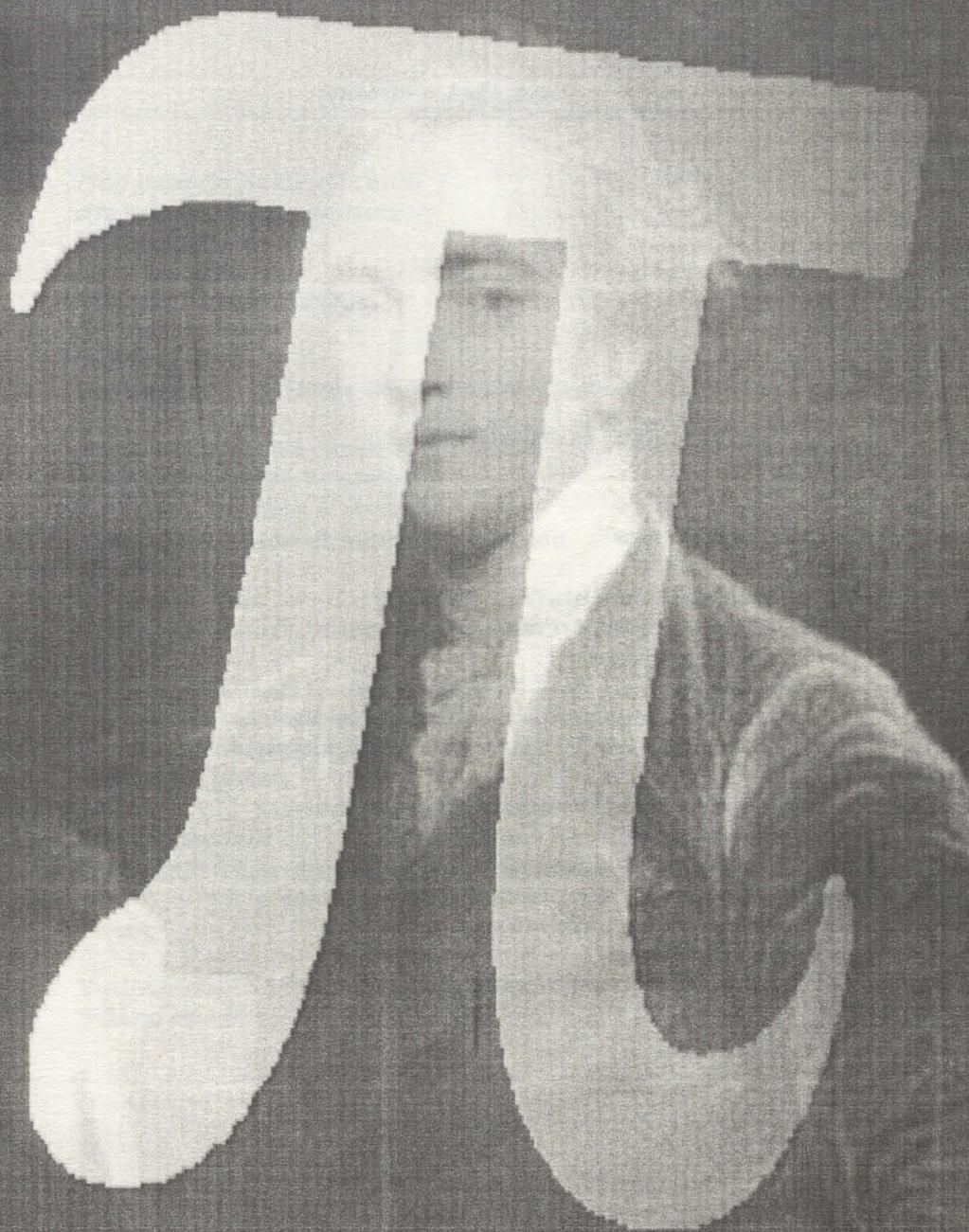
así el día pinta su urdimbre
después de la lluvia:

penetran
los colores hasta el momento
de respirar, hasta la puerta
de par en par del mediodía;

sube la intensidad de tonos
que frecuentan los mirlos; tal
progresión de una gracia en calma
alisa la concha del mundo,
aseda piedras donde estuvo
un hombre.

Vuelve a llover, cualquier recuerdo
es hondo
y pastoso
como el índigo extraño al mar,
como el ocre que se encabalga
hacia La Sisle.

Pablo sabe
qué poco necesita el campo
para erguirse de tumbas, sabe
la diferencia de la niebla,
y al tocar la sarga, al mirar
las nucas de hilo,
crece una respuesta precisa,
ésa aromada del hinojo,
la que sonríe misteriosa
como Pablo Sanguino.



Marcelina Regalado

Lo agridulce

He vuelto a descubrir
el aroma del lilo en mi ventana,
signos antiguos
escritos en las hojas de la higuera,
y una piel de lagarto que alguien -al fin-
dejó olvidada en el banco de algún parque.

Procesiones de hormigas en el patio
-sin prisas ni estandarte-
vuelven de las tareas de la cosecha.
Grillos, grullas, grosellas,
y garabatos grana.

Quizá un koan
al que debo hallar respuesta.

Hoy cuando he despertado
me encontré una sonrisa
que esperaba
 por mí.
Y le gustó a mis labios.
Se han vestido
con ella.
Llevaban ya semanas desnudos de sonrisas.

Y es menos acre el agrídulce
y es menos lenta la mañana
y es menos nítido el recuerdo
y es menos nudo el nudo que oprimía.

Menos es más.
¿También koan? ¿o simple paradoja?

Añosas, las acacias de mi calle,
ven brotes verdes que nacen de sus poros.
Quizás es un presagio.
Quizá me gritan:
 «La palabra enmaraña el sentido de la cosa».
Y es el silencio
el que hoy se ha preñado de elocuencia
 para exclamarlo todo.

Y atiendo a la palabra de la acacia
y lleno de elocuencia mi silencio

y de retoños verdes estos poros desiertos
de mi piel.

Y reverdezco toda en brotes nuevos.
Me callo y reverdezco.

La palabra que endulza
no es ola buscando acantilado
en que romperse.
Busca arena de playa
y en ella empapa y se filtra y se confunde.
Despertar no es la clave.
Olvidar no es la clave.
Ni desamar, des-amar, des-armar.

Ni el anhelado «dos»,
Ni el amargor del «tres»,
Ni re-cordar
-cordar de nuevo-
Toda la vida huyendo de los tópicos y...
No, la clave no existe.
La victoria me ha sido regalada
y bebo del milagro.

Y gusto su sabor.
Y bebo y me lo creo.

*Primer premio, modalidad de poesía, del XX Concurso Literario
«Florencio Segura». Madrid, 2006.*

Marisa Morata Hurtado

NOCTURNO op. 72 n°1

A veces parece que de tocar así te vayan a sangrar los dedos, que vayas a mirar y esté roja la madera y tocas siempre pensando que hay alguien justo al lado que te escucha y que te ve y tienes una luz grandiosa que te enfoca la partitura desde más allá del telón y las butacas y empieza todo a llenarse de gente, más gente cada vez y tú mi, si, sol, mi si sol en una mano y con la otra un si muy triste y todo suena a menor y a sostenido y te emociona la vibración de tus propias teclas y tienes en la nuca la presión del público y los dedos se te crispan a veces en un arpeggio y oyes desatarse la tensión en un crujir de algo y te duele la barriga de ese modo en que duele cuando se está nervioso y de repente todo es grave y de repente acentúas la mano izquierda más que nunca y con un acorde de sol sostenido vuelves en un

diminuendo al pianissimo de siempre y vas soltando fuerza y vas dejándote callar y el público se marcha y te apagan las luces y vuelves al pianissimo y al temblor de manos sobre las teclas y al ruido de fondo, siempre, de la carcoma en la madera hinchada y marrón en mitad de un cuarto habitado por las ratas.

Movimientos brownoides

«Maga, vamos componiendo una figura absurda, dibujamos con nuestros movimientos una figura idéntica a la que dibujan las moscas cuando vuelan en una pieza, de aquí para allá, bruscamente dan media vuelta, de allá para aquí, eso es lo que se llama movimiento brownideo, ¿ahora entendés?»

Julio Cortázar. Rayuela.

Cruzo el parque mirándome los pies porque ya de aquí no me sorprende nada
Me miro un poco en el espejo del ascensor y me retraso colocándome mejor el
y ya no busco nada, ni si quiera te voy buscando a ti que no te encuentro y
pelo y recorro deprisa, no sé por qué, una de esas calles con nombre de doctor
cruzo el parque despacio aunque sabiendo que ahora viene esa otra calle
y se me queda la mirada fija en la prensa de un quiosco.

Me detengo a comprar

estrecha y en un solo sentido por la que pasábamos a veces y sigo con la *la revista de cine que a veces mirábamos juntos y dudo, entonces, si pasar o* mirada fija en los zapatos y me gusta mirar los balcones de la calle siguiente y *no por la calle de los balcones que a ti te gustaba mirar. Y paso y voy atento a* subo entonces la mirada buscándolos y, antes de ellos, *la revista y me fijo en su portada y me la guardo bajo el brazo hasta que,* a menos de un metro, *estás.*

Línea 3

El viejo es un viejo aburrido y con camisas a cuadros que se apoya siempre en la barra que hay más cerca de la puerta de salida del autobús 3A Ronda Norte. El viejo se alegra siempre que se baja alguien y se frota un poco las manos coloradas y frías de hierro y le dice a quien sea: «Se acabó el billeteo y se ríe mucho rato con una risa que le llega hasta los ojos. Ese día se subió él, el otro viejo, y llevaba un ramo pequeño de flores blancas a la altura del pecho protegido por la chaqueta, y miraba a todas partes buscando a quién contarle algo de las flo-

res. Entonces se encontró con los ojos al viejo aburrido y se acercó a él justo después de la parada del Colegio María Maroto y le dijo: «Es azahar de los naranjos bordes para mi mujer que está ingresada en el Morales.» Y el viejo aburrido lo miró, el autobús se detuvo, Plaza Circular, y le dijo riéndose mucho con una risa que le llegaba hasta los ojos: «Se acabó el billete.»

Kitsch

«De eso se desprende que el ideal estético del acuerdo categórico con el ser es un mundo en el que la mierda es negada y todos se comportan como si no existiese. Este ideal estético se llama kitsch.»

Milan Kundera. La insoportable levedad del ser

Era Charlie Parker o Coltrane de fondo y sobre el mantel azul habías dejado ya algunas manchas de vino al servirle la última copa. Estabas contenta y con ese color en las mejillas que se te pone al beber. Él te miraba con deseo y a ratos te tocaba las manos y a ti te subía su tacto helado por la nuca y te producía algo muy nervioso en el estómago, y tenías como un ruido de moneda cayendo entre las tripas. Te levantaste y dijiste: Disculpa. Entraste al baño, que habías limpiado muy bien antes de que él llegara, y te miraste en el espejo mientras te subías la falda y dejabas caer las bragas a la altura de los tobillos. Tenías la cara radiante y estabas contenta y

te sentaste en el váter y pensaste mucho en él y en darte prisa para verlo pronto y ni siquiera te ocupaste de contener el estruendo, de evitar los ecos y reverberaciones en la taza blanca poniendo un poco de papel en el fondo para evitar lo devastador de la caída. Acabaste, aliviada. Te limpiaste despacio y te frotaste luego muy bien las manos, sin secártelas del todo por la urgencia de verlo. Y saliste y viste las velas y viste el mantel azul y lo buscaste por toda la casa pensando que era un juego y, sólo al rato, comprendiste que se había ido, que ya no estaba y que ya no iba a volver. Sólo de fondo Coltrane o Charlie Parker.

Desencuentro

Yo estaba apoyada en una señal de tráfico de esas azules con una banda roja de prohibido aparcar. Miraba a todas partes y me sentía como una sombra dentro del abrigo negro hasta los pies. Acababa de mirar el reloj cuando apareciste. Apareciste tú también de negro y con una nariz enorme y supe entonces que eras belga o suizo, no sé por qué, pero tú ya me estabas mirando y yo sonriéndote y mirándome los pies y haciendo como que era tímida e imaginando lo que pensabas y las dudas que tenías y por eso te paraste, te detuviste a menos de un metro de mí y cambiaste el sentido de tus pasos para meterte al bar que tenía a mi espalda, sin dejar de mirarme. Supe que querías que entrara y que bebiésemos

vino y acabásemos quitando con urgencia la colcha de mi cama después de habernos besado mucho en el ascensor. Entonces llegó él, lo besé pensando en ti y le di la mano. Cuando nos viste entrar ya sólo me dio tiempo a verte dejando un billete sucio y decepcionado en la barra sin ni siquiera haber pedido la cuenta y con las dos copas de vino llenas en la mesa en la que, por unos minutos, me esperaste.

Afasia

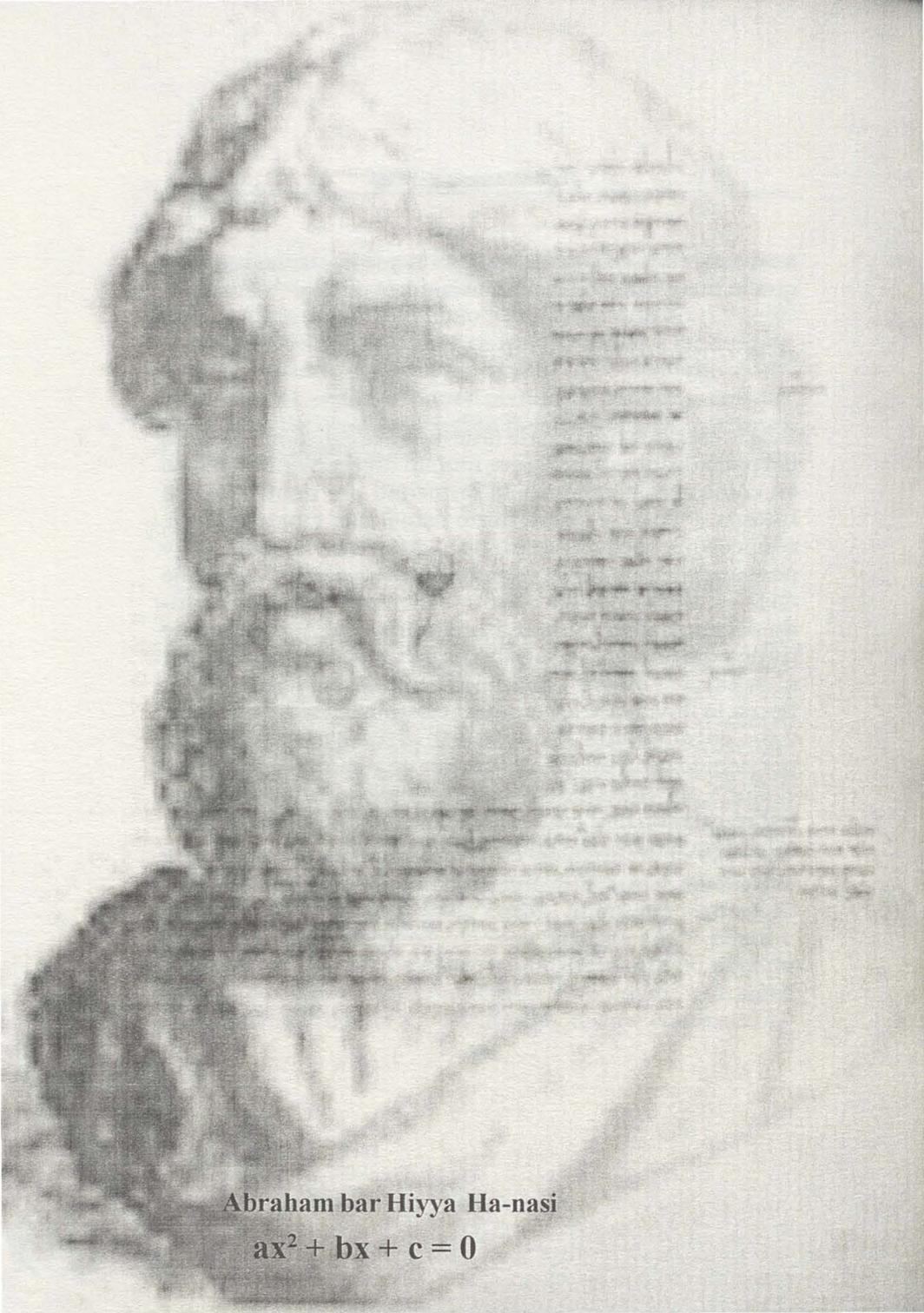
(Del gr. ἀφασία , imposibilidad de hablar)

Te escribí hace unas horas una carta vacía que se llamaba « Afasia» . Puse con mucho cuidado y letra aguda en el sobre azul: Afasia. Luego la abrí de nuevo y tiré el sobre y me senté a escribirte esto que te escribo ahora. Llueve esta tarde aquí, sobre la uralita de las casas pobres y el cristal de los vehículos. Llueve y eso hace que se vaya llenando poco a poco todo de imágenes casi tristes. De imágenes como un viejo con muletas resbalando muy despacio y muy viejo, o la fachada de la catedral mojada a retazos de una cosa gris que parece corrosiva. Es agua. Es todo agua y me cuesta ahora más salir a la calle apoyando los pasos en los charcos o en el barro y sujetando el paraguas sobre una cabeza que no deja de querer decirte, decirte no sé qué y sentarme entonces como me siento ahora a escribirte y darme cuenta, con-

forme escribo, que hubiera sido mejor lo otro, nada más que lo otro: un sobre vacío llamado «afasia».

A la atención de un señor de negro:

Sólo le escribo para decirle (llueve sobre el tejado de chapa del patio de luces) que llueve mucho últimamente y pienso en cómo será el dolor de la humedad por dentro de sus huesos. Pienso (y llueve tanto estos días y usted no me conoce) que debe de ser un poco gris vivir viviendo solo y pensándose tan solo y es por eso que no saluda a nadie en la escalera y nos hace sentir ridículos y ruidosos cuando decimos «hola» y usted nos mira viejo y escéptico y nunca dice nada. Le escribo nada más para decirle que a veces me enfadan sus modales y otras siento que es tierna la lluvia que le golpea el cristal y muy sola su vida y me entran ganas de escribirle alguna cosa y meterla por debajo de la puerta del cuarto ce y sentir desde fuera el olor a anciano triste y darle un beso al sobre azul que habré cerrado con cuidado y sobre el que habré escrito: A la atención de un señor de negro.



Abraham bar Hiyya Ha-nasi

$$ax^2 + bx + c = 0$$

ÍNDICE

	págs
Lola López Díaz.....	7-71
Rafael J. Pascual.....	10
Antonio Domínguez Cascajero.....	17
Jesús Morata Moya.....	23
Martín Lucía.....	35
Rafael Escobar Contreras.....	39
Joaquín Copeiro.....	45
María Antonia Ricas.....	50-86
Jesús Pino.....	53
María José Vioque Lorenzo.....	58
Enrique Galindo.....	63
Paco Morata.....	84
Marcelina Regalado.....	103
Marisa Morata Hurtado.....	106



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



**Obra Social
y Cultural**



Telefonica